

CRISTIANIDAD



PENTECOSTES

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción { Anual . . . 100 ptas.
Semestral . . . 50 »
Trimestral . . . 25 »



Número ordinario 5 ptas.
Encuadernar. 25 »
Tomo encuadernado 125 »

Publicaciones **CRISTIANDAD**

Obras Doctrinales

Unidad católica y tolerancia de cultos

Carta pastoral del Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Barcelona (Agotada)

Hacia el Cuarto Año Jubilar

(Para la renovación de la Consagración del Mundo a los Sagrados Corozones) 10 pesetas

Al Reino de Cristo por la devoción a su Sdo. Corazón

Documentos pontificios.
Texto castellano 30 pesetas
Texto latino-castellano 45 pesetas

Sección de Biografías

La Emisaria de Cristo Rey

por el Rvdo. Luis Chasle 30 pesetas

Filosofía y Ensayos

La escala de los seres o el dinamismo de la perfección

por el Dr. Jaime Bofill y Bofill. En rústica: 70 pesetas
En tela: 80 pesetas

Estudios Políticos e Históricos

Catolicismo o Barbarie

por J. O. Cuffí Canadell 35 pesetas

La cuestión de Palestina

por J. O. Cuffí Canadell 5 pesetas

En preparación

El Reinado Social de Jesucristo

por el P. Enrique Ramière

Padre Enrique Ramière

por Charles Porra, S. J. y otros

Martín Oliva

SOCIEDAD ANONIMA

Tejidos Algodón



Bailén, 68

Teléfono 25 05 87

BARCELONA



Bien seguro que si todos los católicos nos intercambiamos las informaciones de lo bueno que cada uno de nosotros conozca, podremos ayudarnos mucho mutuamente y con ello practicar el amor al prójimo que nos mandó Jesucristo.

SERVICIO CATOLICO DE INFORMACION

(S. E. C. I. N.) de la Congregación de la Purificación y San Francisco de Borja

Calle Roger de Lauria, núm. 15, pral. - Teléfono 22 71 68

recopila y divulga información de lo moralmente bueno y aceptable que pueda interesar, a través de su boletín quincenal, ampliando detalles en sus oficinas de 5 a 9 de la tarde.



Todas las ofertas deben venir acompañadas de buenas referencias morales.



Se agradecerá a los empresarios de salas de espectáculos públicos o privados así como a los dedicados a empresas de sano esparcimiento como Agencias de Viajes, Conciertos, Grupos excursionistas, etc., se sirvan darnos a conocer sus programas con la debida antelación para insertarlos en el boletín e informar personalmente a los consultantes.

E. B.

«CREDO IN SPIRITUM SANCTUM... VIVIFICANTEM»

El principio de la vida sobrenatural

Nuestra revista anunció desde el principio la táctica que se proponía emplear contra el que es el principal enemigo del ideal de la CRISTIANDAD: *el Naturalismo*. Una táctica sobre todo *positiva* (1) porque en efecto casi no tendría sentido y aun sería profundamente contradictorio pretender realizar una tarea *antinaturalista*, que no consistiese precisamente en una campaña de *apostolado sobrenaturalista*.

Pero nada también más inconsistente e ineficaz, que tratar de dar a conocer la *vida sobrenatural, esto es divina*, que es la misma esencia del cristianismo, como si se tratara de una mera cuestión de principios teóricos o prácticos. Porque ayudar a los cristianos a conocer y vivir su dignidad de hijos de Dios, no es un problema que se pueda reducir ni a la formulación ni aun a la aplicación de principios, antes bien, se trata de establecer una *relación personal de conocimiento y de amor de las divinas personas*.

(1) Vid. *El porqué de esta Revista*. Artículo publicado en el número de prueba y reproducido, en ocasión del séptimo aniversario, en el n.º 169 págs. 148-49.

De las divinas personas. Porque, en efecto, *el conocimiento de las Personas de la Trinidad nos es necesario para sentir rectamente de la salvación del género humano, que se ha realizado por el Hijo de Dios encarnado y por el Espíritu Santo que se nos ha dado.* (2)

Por esto una campaña de sobrenaturalismo debe consistir esencialmente en difundir la devoción a la divina Persona del Espíritu Santo, el divino Don, alma y aliento de la vida divina comunicada a los hombres.

Publicamos a continuación el sublime principio de la Encíclica «*Divinum illud munus*» (9 de mayo de 1897), que en un momento particularmente dramático del Pontificado de León XIII, cuando acababan de fracasar sus esfuerzos y sus esperanzas en favor de la conversión de Inglaterra, (3) dirigió a la Iglesia para explicar el sentido de la fiesta de Pentecostés.

(2) Santo Tomás. S. Th. I qu. XXXII, art. 1.º ad. 3.

(3) Para conocer el momento de la oposición y oportunidad de este documento vid. CRISTIANDAD n.º 76 (15 de mayo de 1947) págs. 218 y siguientes.

La misión divina que en favor del género humano recibió Jesucristo del Padre y llevó santísimamente al cabo, del mismo modo que tiende, como a su último objetivo, a que los hombres alcancen la vida bienaventurada de la gloria, así, en el curso de esta vida, tiene como objetivo próximo que posean y aumenten la vida de la gracia, germen del que brota aquella vida celestial. A cuyo fin, el Redentor mismo no cesa de invitar con la mayor benignidad a todos los hombres de cualquier nación y lengua a que vengan al seno de su Iglesia: «Venid a Mi todos»; «Yo soy la vida»; «Yo soy el Buen Pastor».

Sin embargo, según el altísimo consejo, no quiso completar y terminar por sí mismo esta misión que le había encomendado el Padre sino que confió por su parte el Espíritu Santo que la llevara a perfección. Y son de grato recuerdo aquellas palabras que Cristo, poco antes de abandonar la tierra, dirigió al colegio apostólico: «Os conviene que yo me vaya, si yo no partiese el Paráclito no vendría a vosotros; mas si partiere os lo enviaré».

Afirmó Cristo con esto que la causa principal de su separación y de su regreso al Padre era el provecho que reportaría a sus mismos discípulos la venida del Espíritu Santo; declarando al propio tiempo: primero, que era enviado suyo y, por lo tanto, que de El procedía, así como del Padre; segundo, que la obra realizada durante su vida mortal debía ser concluída por el Espíritu Santo como intercesor, consolador y maestro. Así, a la múltiple virtud de este mismo Espíritu a la cual estuvo confiado el completar la obra de la creación del mundo «adornando a los cielos» y «llenando el orbe de la tierra» le estaba reservado igualmente el completar la obra de su redención. Ahora bien; Nos hemos procurado constantemente, con el auxilio de Cristo Salvador, que es el Príncipe de los pastores y el guardián de nuestras almas, imitar sus ejemplos, trabajando fielmente en sus mismas obras, encomendada por El a los Apóstoles y principalmente a Pedro «cuya dignidad no decrece en su indigno heredero». Llevados por este consejo, hemos querido que todas las empresas de nuestro ya largo pontificado se encaminasen principalmente a dos fines: primero, a restaurar las normas de la vida cristiana en la sociedad y en la familia, en los gobernantes y en los pueblos: porque sólo de Cristo puede recibir cada uno de ellos la verdadera vida; segundo, a fomentar el retorno de los que están



separados de la Iglesia católica en la fe o en la obediencia; toda vez que es voluntad ciertísima del mismo Cristo que se reúnan a su único rebaño bajo su Pastor.

Pero ahora, al ver acercarse el día de nuestra muerte Nos hemos decidido confiar al Espíritu Santo, que es el Amor vivificador, dichos objetivos primordiales de nuestro apostolado — sean cuales fueren los resultados obtenidos hasta ahora — para que los lleve a madurez y fecundidad. A fin de que mejor y con más plenitud tenga lugar nuestro deseo, hemos resuelto hablaros con motivo de la próxima solemnidad de Pentecostés de la admirable presencia y virtud de este Espíritu, y de cuanto obra e influye con la preclara abundancia de carismas sobrenaturales, tanto en la Iglesia como en el alma de cada uno de los fieles.

La doctrina que expone a continuación el Papa nos hará comprender el sentido de esta declaración por la que «confía al Espíritu Santo» el llevar a su término los propósitos de su pontificado.

El Espíritu Santo *enviado* para llevar a perfección la obra redentora fué dado e infundido a la Iglesia, para que Ella misma tuviese el poder de darlo a sus hijos y engendrarlos a la vida

divina. El comunica a la Iglesia su vida y su fuerza perennes.

De aquí que el Papa continuador de la obra de Cristo y que rige a la Iglesia por el impulso del mismo Espíritu Santo, no siente sus empresas como obras humanas. El Espíritu divino continúa y lleva a término la obra redentora por medio de la Iglesia, el Cuerpo místico de Cristo que El mismo anima y vivifica.

La manifestación del Espíritu Santo sobre la Iglesia el día de Pentecostés

La Iglesia que ya concebida, había salido del costado del segundo Adán como dormido en la Cruz, se manifestó a los hombres por primera vez de modo insigne el día celeberrimo de Pentecostés.

En este mismo día el Espíritu Santo empezó a derramar sus bienes sobre el Cuerpo Místico de Cristo, con aquellas efusiones admirables que el Profeta Joel había ya anunciado; pues el Paráclito «descendió sobre los Apóstoles para poner sobre sus cabezas la nueva corona espiritual de sus lenguas de fuego».

Entonces en efecto, los Apóstoles «descendieron del monte, no llevando como Moisés unas tablas, de piedra, sino rodeada su frente por el Espíritu, para comunicar tal tesoro y fuente de dogmas y carismas».

De esta suerte se realizaba plenamente la promesa de Cristo a sus Apóstoles de que les mandaría el Espíritu Santo, para completar y sellar con el soplo de su inspiración el depósito de la doctrina de Cristo: «Todavía tengo muchas cosas que deciros que de momento no podríais comprender; mas cuando venga el Espíritu de verdad, El os instruirá en toda verdad».

Este mismo Espíritu de verdad recibe del Padre eterno y del Hijo, Verdad substancial, de quienes procede, junto con la divina esencia, la Verdad en toda su amplitud; la cual el mismo difunde a sus vez y comunica la Iglesia, proveyendo con efficacísimo auxilio, que en todo momento esté libre de error, a fin de que la semilla de la divina doctrina germine y fructifique en ella para la salvación de los pueblos.

Y toda vez que esta salvación de los pueblos, para la cual ha sido la Iglesia fundada, exige que ella prosiga su obra hasta el fin de los siglos, por esto recibe del Espíritu Santo un influjo constante de vida y de fuerza que conserva a la Iglesia y la aumenta: «Yo rogaré al Padre, y os dará como Consolador para que permanezca por siempre con vosotros, al Espíritu de Verdad».

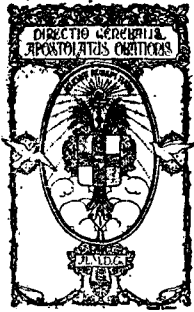
Espíritu que es el alma de la Iglesia, así como Cristo es su Cabeza: «lo que es el alma en nuestro cuerpo, lo mismo es el Espíritu Santo en el Cuerpo de Cristo que es su Iglesia».

(De la Enc. de León XIII «DIVINUM ILLUD MUNUS»)

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

EDITORIAL: **El principio de la vida sobrenatural** (págs. 193 y 194) ★ **Si conocieras el don de Dios** (págs. 196 a 200) ★ **Veni, Sancte Spiritus** (pág. 201) ★ **El Espíritu Santo y el alma del cristiano** (págs. 202 y 203) ★ **EL BIELDO y LA CRIBA: Qu'il doit y avoir une église de France**, por Jesús Sánchez Mazpule (págs. 204 y 205) ★ **Leyendo a Jorge Santayana**, por J. S. M. (pág. 206) ★ **Sobre la reforma del calendario**, por J. A. C. (pág. 207) ★ **Cinco notas sobre intelectuales**, por J. G. Sánchez Marín (págs. 207 y 208) ★ **La revolución en el pensamiento de Pemartín**, por J. L. Vázquez Doderó (págs. 209 y 210) ★ **La Cruzada de Occidente: Espoleta**, por C. (págs. 211 y 212) ★ **De la Quincena religiosa**, por Hinmanu-Hel (pág. 213 y 214) ★ **De la Quincena política**, por Shehar Yashub (págs. 214 a 216).

ADVERTENCIAS. — CRISTIANIDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que pueden serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver. Prohibida la reproducción de grabados originales de CRISTIANIDAD sin indicar su procedencia.



Por los que padecen persecución por la justicia

Explicación de la Intención del mes de mayo de 1951

En esta intención se propone que hay que orar, sobre todo—aunque no exclusivamente—, por los que actualmente padecen dura persecución *por Cristo*. A ellos se les pueden aplicar estas palabras de nuestro Redentor: «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia... Bienaventurados sois cuando os maldijeren y persiguieren y dijeren, mintiendo, todo mal contra vosotros por mi causa... porque es grande vuestra recompensa en el cielo» (Mt., 5, 10-12). Es verdad que son bienaventurados, pero al mismo tiempo son también dignos de compasión, porque se hallan en grave peligro de negar la fe. Es necesario, por lo tanto, que los socorramos con vehementísimas oraciones.

I. Breve ojeada de los Estados en que hay cruel persecución

Rusia, con un total de cerca de 5.000.000 de católicos. Allí la Iglesia católica de rito oriental está por decreto del Gobierno suprimida o más bien unida con la iglesia cismática. Han sido encarcelados todos los obispos y muchos sacerdotes que permanecían fieles a la «Unión».

En **Lituania** con 2.000.000 de católicos, en **Letonia** con 500.000 y en **Estonia** con 5.000, naciones que actualmente pertenecen a Rusia, la suerte de la Iglesia no parece que sea mejor.

Rumania con 3.000.000 de católicos. La Iglesia católica de rito oriental (cerca de 1.500.000 fieles) ha sido violentamente unida con la iglesia cismática. Están retenidos en la cárcel todos los obispos y muchísimos sacerdotes. También han sido encarcelados los obispos de rito latino.

Yugoslavia con 6.000.000 de católicos. Aun después de su deserción del «Cominform» persiste con la misma saña que antes una furiosa persecución. Está comprobado que al presente han sido muertos por los comunistas 300 sacerdotes por lo menos, 400 viven en el exilio, de 200 a 300 están detenidos en prisiones y condenados a trabajos forzados.

Checoslovaquia con 10.000.000 de católicos, a quienes los impíos gobernantes procuran con creciente furor y con engaños y violencias hacerlos abandonar la Iglesia católica.

Hungría con 6.000.000 de católicos. El Gobierno va restringiendo cada vez más la libertad de la Iglesia.

Polonia con 22.000.000 de católicos. También allí se restringe la libertad de la Iglesia y se obstaculiza su acción.

Bulgaria con 50.000 católicos.

Alemania Oriental con 4.000.000 de católicos: han empezado a restringir poco a poco la libertad de la Iglesia.

China con 3.000.000 de católicos: amenaza una verdadera ruina a las misiones, porque se oponen muchas dificultades a la actividad de los misioneros.

Por consiguiente pasa de 60.000.000 el número de católicos que tienen que vivir bajo el dominio de los comunistas ateos; y el número de cristianos separados supera en mucho a los 100.000.000.

II. Padecen realmente persecución

El Sumo Pontífice en la Encíclica *Anni Sacri* (12-III-1950) se queja así de la persecución que se ha desencadenado: «En no pocas naciones se ofenden y conculcan gravemente los derechos de Dios, de la Iglesia y de la misma naturaleza humana; los ministros sagrados, aun las altas jerarquías, han sido arrancados de sus sedes y arrojados a la cárcel o al destierro, o se les ha impuesto tantos impedimentos que no pueden ejercer libremente su ministerio; ni en la literatura, ni en las cátedras, ni en la prensa se puede defender la doctrina cristiana y divulgar los preceptos de la Iglesia, o hay que hacerlo con tantas restricciones y tan severa inspección de la censura pública, que parece que allí se tiene el deliberado propósito de que la verdad, la libertad y la misma santa religión deben estar única y sumisamente al servicio de la autoridad civil.»

En los Estados arriba mencionados está vigente el régimen «totalitario» de los comunistas ateos, que tratan de borrar enteramente en las mentes de los hombres, sobre todo de la juventud, la noción de Dios, y por lo tanto luchan audazmente contra toda religión, en especial contra la Iglesia católica. Pero proceden fraudulentamente y conforme a una táctica astutamente preconcebida; coartan cuanto pueden la libertad de los obispos y sacerdotes en el ejercicio de su ministerio; procuran con todo empeño hacer inútiles los ministerios sacerdotales; detractan de mil maneras a los sacerdotes ante el pueblo; quitan toda intervención de la Iglesia en la instrucción y educación de la juventud y del pueblo, y no se permite otra educación que la que se da en las escuelas y agrupaciones ateas del Estado; afirman falsamente que sus injusticias y asperezas contra los sacerdotes (muchos miles de ellos están encarcelados o condenados a trabajos forzados) las efectuaron «por motivos políticos».

III. ¿Por qué estamos obligados a socorrer a los que padecen persecución?

1. *Conmovámonos* íntimamente por los horribles y sacrílegos crímenes que diariamente y con creciente gravedad se cometen contra Dios y las almas y *compadezcámonos* vehementemente de los que son duramente atormentados por causa de la fe y de los que están en constante peligro de perderla. Como la naturaleza humana es débil y tiene miedo de las molestias, vejaciones y tormentos, está claro que en tales circunstancias es muy difícil permanecer constante en la fe. *Compadezcámonos* sobre todo de la gran multitud de jóvenes sometidos violentamente a una educación atea.

2. La fe, sin la cual nadie puede salvarse, está seriamente comprometida entre no pocos de estos perseguidos.

3. Los perseguidos son, como nosotros, miembros del mismo Cuerpo místico de Cristo, y por lo mismo son consanguíneos y hermanos nuestros en Cristo. «Tengan los miembros la misma solicitud unos de otros. Y si un miembro padece, todos los miembros se compadecen.» (I Cor., 12, 25-26), y vayan en su auxilio con generosidad y eficacia.

4. ¿Acaso por el precepto de la caridad según los principios de la Teología Moral no hay obligación de socorrer a los que se hallan en una gran necesidad espiritual?

IV. ¿Cómo los ayudaremos?

1. En las *oraciones privadas* pidamos para ellos la gracia de la perseverancia en la fe; por ejemplo, en el ofrecimiento cotidiano añadamos estas palabras: «por los hermanos que padecen persecución a causa de Cristo».

2. Vayamos también en su auxilio con *oraciones* y *explicaciones públicas*. Invitemos también a otros, como mejor podamos, a que expíen y reparen tantos y tan grandes sacrilegios, blasfemias y demás ofensas inferidas allí al Sagrado Corazón, y no cesemos de rogar por la salvación de tantas almas sometidas a tan dura y larga prueba.

He aquí un ejemplo de tal oración pública. El R. P. Enrique de Grove inició en Irlanda una campaña en favor de los católicos que padecen persecución, pronunciando por radio en el mes de julio de 1949 una alocución elocuente en la que pedía en primer lugar se recogiesen firmas de católicos que protestasen ante las Naciones Unidas por la injusta y cruel persecución desencadenada contra la Iglesia en los países sojuzgados por los comunistas. Por toda Irlanda se esparcieron muchísimos ejemplares impresos de aquella alocución y de otras que le siguieron. En poco tiempo y sólo en Irlanda suscribieron la protesta más de 1.000.000 de personas. El R. P. de Grove divulgó también, además de la campaña de protesta, una cruzada de oraciones en favor de los perseguidos. Los secretaríos de la Acción Católica en Irlanda distribuyeron 300.000 hojas con la oración propia de esta cruzada. Esta oración ha sido vertida a cuarenta lenguas distintas y enviada a diversas naciones; un extracto de la primera alocución, es decir, sus partes principales, se impresionaron en inglés en discos de gramófono; en muchas iglesias irlandesas se reúnen todas las tardes los feligreses para rezar el Rosario por la cruzada; con el mismo objeto hacen también peregrinaciones a santuarios de la Virgen...

Todo esto promueve y caldea un solo hombre, de gran elocuencia, de mayor fama y de máximo celo apostólico por medio de la radio y de la prensa; una y otra vez—con permiso de los obispos—excita y enervoriza a los decanos, párrocos, colegios, escuelas, seminarios, asociaciones. Algunos amigos suyos hacen propaganda y Dios lo bendice.

Por consiguiente, no cesemos de orar por los perseguidos para que la tribulación o la angustia o el hambre o el peligro o la persecución o la espada no los separe de Cristo y de su verdadera Iglesia (Rom., 8, 35).

SI CONOCIERAS EL DON DE DIOS

«Si conocieras el don de Dios»—Tal vez no faltan hoy en día entre los fieles, quienes, si se les preguntase, como hizo San Pablo a unos discípulos suyos, si habían recibido el Espíritu Santo, responderían como ellos: Ni hemos oído siquiera que haya Espíritu Santo. Los más lo conocen muy poco» (León XIII Enc. Divinum illud munus). Pora ayudar a conocer a esta divina Persona, que tiene por nombre propio suyo el de Don de Dios; que es el aliento vital de la Iglesia y el Espíritu de adopción de hijos por el que llamamos a Dios Padre, ofrecemos a la meditación del lector algunos textos del Evangelio y de los Hechos de los Apóstoles (El Evangelio del Espíritu Santo) entre los más apropiados para ayudarnos a vivir el espíritu del período litúrgico centrado en la festividad de Pentecostés

LA PROMESA DEL PADRE

«El os bautizará en Espíritu Santo y fuego»

Lucas III, 16 **EN** el año décimoquinto del imperio de Tiberio César, vino la palabra de Dios sobre Juan, el hijo de Zacarías, en el desierto. Y recorrió toda la comarca del Jordán predicando bautismo de penitencia para remisión de los pecados, según está escrito en

Composición del lugar
Ribera del Jordán donde Juan predicó

el libro de los discursos del profeta Isaías (40, 3-5):

Voz de uno que clama en el desierto: Aparejad el camino del Señor, enderezad sus sendas; todo barranco se rellenará y todo monte y collado se rebajará; y lo tortuoso se hará recto, y lo áspero, caminos llanos; y verá toda carne la salud de Dios.

Un bautismo de penitencia: «Preparad los caminos del Señor»



Estando el pueblo en espectación y discurrendo todos en sus corazones acerca de Juan, si por ventura no sería él el Mesías, respondió diciendo a todos Juan: «Yo os bautizo en agua; viene el que es más fuerte que yo, ante quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos; Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. En su mano tiene su bieldo para limpiar su era y allegar el trigo en su granero; mas la paja la quemará con fuego inextinguible.» Y así, con éstas y otras muchas exhortaciones anunciaba al pueblo la Buena Nueva.

Lucas III, 15-18
Yo bautizo en agua

El Mesías o Cristo bautizará en el fuego del Espíritu Santo

Al día siguiente ve a Jesús venir hacia él, y dice: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: Detrás de mí viene un hombre que ha sido puesto delante de mí porque era primero que yo. Y yo no le conocía; mas para que Él sea mostrado a Israel, para esto vine yo bautizando en agua.»

Ioann. I, 29-34
He aquí el cordero de Dios (1)

Y testificó Juan diciendo que: «He visto el Espíritu que descendía del cielo como paloma, y se posó sobre Él. Y yo no le conocía, mas el que me había enviado a bautizar en

El Espíritu descendió como paloma (2)

(1) Juan da testimonio de Jesús, diciendo: «He ahí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»; y en otro momento: «El os bautizará en Espíritu Santo y fuego». Se refiere, pues, a los dos hechos fundamentales de nuestra redención y justificación: el sacrificio de la Cruz (Cristo es el Cordero divino, que borra, con su sangre, el pecado del mundo) y la efusión del Espíritu Santo después de su resurrección y glorificación.

(2) Será el Mesías o Cristo, esto es el Ungido, aquel «sobre

quien reposará el Espíritu de Yahveh», como se dice en el célebre pasaje de Isaías (11, 1-3), en el que se enumeran los dones del Espíritu Santo. «El Espíritu de Yahveh está sobre mí, por cuanto que Yahveh me ha unguido (Isaías), 61, 1). Él bautizará en el Espíritu Santo porque «Dios no ha dado a su Hijo el Espíritu con medida» (Ioann. III, 34) y de esta plenitud suya «todos nosotros hemos participado». Este bautismo es el que nos hace nacer del Espíritu, como dijo Cristo a Nicodemo (Ioann. III, 6), nacer de Dios y ser hijos suyos.

Aquel sobre quien vi-
eres descender... (3)

agua, Él me dijo: "Aquel sobre quien
vieres descender el Espíritu y posarse
sobre Él, éste es el que bautiza en el

Espíritu Santo." Y yo lo he visto, y
he dado testimonio de que éste es el
Hijo de Dios.»

«Cuando viniere el Consolador, que yo os enviaré del Padre»

Ioann. XIII, 1
Composición de lugar:
En el Cenáculo, Cristo
ha lavado los pies a los
Apostoles y ha instituido
la Eucaristía

El día antes de la fiesta de la Pas-
cua, sabiendo Jesús que era llegada
su hora de pasar de este mundo al
Padre, como hubiese amado a los su-
yos, que estaban en el mundo, los
amó hasta el extremo...

mansión. Quien no me ama no guar-
da mis palabras. Y la palabra que oís
no es mía, sino del Padre, que me ha
enviado.

Ioann. XIII, 31-35
Pronto le glorificará
(vid. nota 7)

Cuando hubo, pues, salido Judas,
dice Jesús: «Ahora ha sido glorifi-
cado el Hijo del hombre, y Dios ha
sido glorificado en Él. Si Dios ha sido
glorificado en Él, Dios a su vez le
glorificará en sí, y pronto le glori-
ficará.

»Estas cosas os he hablado, mien-
tras permanecía con vosotros; mas
**el Paráclito, el Espíritu Santo, que
enviará el Padre en mi nombre, Él os
enseñará todas las cosas** y os recor-
dará todas las cosas que os dije Yo.

Os enseñará todas las
cosas (5)

»Hijuelos, ya por poco tiempo voy
a estar con vosotros. Me buscaréis,
y como dije a los judíos que "a donde
estoy vosotros no podéis venir", tam-
bién a vosotros os lo digo ahora.

Si el mundo os aborrece, sabed
que a mí me ha aborrecido primero
que a vosotros. Si fuerais del mun-
do, el mundo amaría lo que era suyo;
mas pues no sois del mundo, sino
que yo os entresaqué del mundo, por
eso os aborrece el mundo.

Porque el mundo me
ha aborrecido a mí primero
que a vosotros...

Un nuevo mandamiento
os doy (4)

»Un nuevo mandamiento os doy:
Que os améis unos a otros; como Yo
os he amado, también vosotros os
amáis mutuamente.

Acordaos de la palabra que os
dije: «No es el siervo mayor que su
Señor». Si a mí me persiguieron,
también a vosotros os perseguirán;
si mi palabra guardaron, también la
vuestra guardarán. Mas todas estas
cosas harán con vosotros a causa de
mi nombre, porque no conocen al
que me envió.

También a vosotros os
perseguirán

»En eso conocerán todos que sois
discípulos míos, si os tuviereis amor
unos a otros.

Si yo no viniera y les hablara, no
tuvieran pecado; mas ahora no tie-
nen excusa de su pecado. Quien a
mí me aborrece, también aborrece a
mi Padre. Si yo no hubiera hecho
entre ellos obras cuales ninguno otro
hizo, no tuvieran pecado; mas ahora
sí las han visto, y han aborrecido
lo mismo a mí que a mi Padre. Mas
había de cumplirse la palabra escri-
ta en su Ley: que «me aborrecieron
sin motivo».

Ioann. XIV, 15-18
Promete dar el Espíritu
Santo "don de Dios" a
sus discípulos para que
lo posean y moren en
ellos (5)

»No se turbe vuestro corazón.
¿Creéis en Dios? También en mí
creed. En la casa de mi Padre hay
muchas moradas, que si no, Yo os
lo hubiera dicho, pues voy a prepara-
ros el lugar. Otra vez vuelvo y os
tomaré conmigo, para que donde Yo
estoy, estéis también vosotros. Y a
donde Yo voy ya sabéis el camino.»
Dícele Tomás: «Señor, no sabemos a
dónde vas, ¿cómo podemos saber el
camino?» Dícele Jesús: «Yo soy el
camino, la verdad, la vida.»

**Mas cuando viniere el Paráclito,
que yo os enviaré de cabe el Padre,
el Espíritu de la verdad, que procede
del Padre, Él dará testimonio de mí.**
Y vosotros también podéis dar tes-
timonio, ya que desde el principio
estáis conmigo.

Por tercera vez
El Espíritu de verdad
dará testimonio de mí

Ioann. XIV, 23-26
La inhabitación de la
Trinidad en el alma del
cristiano

»No os dejaré huérfanos; vuelvo
a vosotros. Si alguno me amare, guar-
dará mi palabra, y mi Padre le amará,
y a él vendremos y en él haremos

»Mas ahora voy al que me envió,
y ya ninguno de vosotros me pre-
gunta: "¿Adónde vas?" Antes, por
haberos Yo dicho estas cosas, la tris-

Por cuarta vez
Ioann. XVI, 5-14

(3) «Con su presencia visible sobre Cristo, y por su acción invisible en su alma, fué presignificada la doble «misión» de este mismo Espíritu, a saber: la que manifestamente ejerce en la Iglesia y la que ejerce con secreto influjo en el alma de los que están en gracia» (León XIII, Enc. «Divinum illud munus», vid. CRISTIANIDAD núm. 76, p. 233).

(4) «La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado». El Espíritu Santo «amor vivificante» y alma de la Iglesia, imprimirá en los cristianos el distintivo de la Nueva Ley: la caridad.

El Espíritu Santo, dice Santo Tomás, es la esencia de la Nueva Ley: «Lo que es principal en la ley del nuevo Testamento y en lo que está toda su fuerza y vigor es la gracia del Espíritu Santo, que se da a los fieles por la fe en Cristo». Así resulta claramente

del texto de San Pablo: «La Ley del Espíritu de la vida en Cristo Jesús me liberó de la ley del pecado y de la muerte»; y por esto dice San Agustín: «¿Qué es la Ley de Dios escrita en nuestros corazones, sino la presencia misma del Espíritu Santo?».

(5) Por efecto de esta «misión» invisible del Espíritu Santo y de su «inhabitación» en el alma del cristiano se nos da la divina persona de modo que viene a ser poseída por nosotros y como entregada a nuestra potestad para que podamos como usar y gozar de Él (S. Tomás, S. Th., I, q. XLIII, art. III in c.).

(6) Por cinco veces se refiere Cristo a la misión del Espíritu Santo visible sobre el Cuerpo de la Iglesia en el día de Pentecostés, e invisible en el alma de todos los cristianos, a los que la Iglesia tiene el poder de darles este Espíritu y engendrarles así a la vida sobrenatural.

Si me fuere os lo enviaré
(7)

Por quinta vez

teza ha llenado vuestro corazón. Pero Yo os digo la verdad: Os cumple que Yo me vaya; porque, **si no me fuere, el Paráclito no vendrá a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré.**

»Y Él, cuando viniere, convencerá al mundo cuanto al pecado, cuanto a la justicia y cuanto al juicio. Cuanto al pecado, por razón de que no creen en Mí. Cuanto a la justicia, porque me voy al Padre y ya no me

veis más; y cuanto al juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado. Todavía muchas cosas tengo que deciros, mas no las podéis sobrellevar ahora; mas **cuando viniere Él, el Espíritu de Verdad, os guiará en el camino de la verdad integral.** Pues no hablará de sí mismo, sino lo que oyere, eso hablará y os anunciará lo porvenir. Él me glorificará porque recibirá de lo mío y os lo anunciará.»

Os enseñará toda la verdad

Aguardad la promesa del Padre

Act. I, 4-11

Sereis bautizados en el
Espíritu Santo

Recibireis la fuerza del
Espíritu Santo y sereis
mis testigos ("mártires")
en toda la tierra (8)

Y estando con ellos a la mesa, les ordenó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que **aguardasen la promesa del Padre**, «la cual oísteis de Mí; porque, como Juan bautizó en agua, **vosotros seréis bautizados en Espíritu Santo de aquí a no muchos días**». Los que se habían pues reunido le preguntaban diciendo: «Señor, ¿en esta sazón vas a restablecer el reino de Israel?» Díjoles: «No os toca a vosotros conocer los tiempos o momentos oportunos que el Padre fijó con su propia potestad; **mas recibiréis la fuerza del Espíritu Santo**, que vendrá sobre vosotros, y **seréis mis testigos**, así en Jerusalén como

en toda la Judea y Samaria y hasta el último confín de la tierra.»

Y como esto hubo dicho, viéndolo ellos, fué llevado hacia lo alto, y una nube, tomándolo sobre sí, lo ocultó a sus ojos. Y mientras estaban con los ojos clavados en el cielo mirando como se iba, de pronto se les presentaron dos varones con vestiduras blancas, los cuales además dijeron: «Varones galileos: ¿Qué hacéis ahí plantados mirando fijamente al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido quitado de entre vosotros para ser elevado al cielo, así vendrá, de la manera que le habéis contemplado irse al cielo.»

Cristo asciende a los
cielos a "sentarse a la
diestra del Padre"

LA VENIDA VISIBLE DEL ESPIRITU SANTO SOBRE LA IGLESIA



E tornaron entonces a Jerusalén desde el monte llamado Olivar, que está cerca de Jerusalén, distante el camino de sábado.

Y así que entraron se subieron a la habitación superior, donde tenían su alojamiento, Pedro y Juan, y Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santia-

go el de Alfeo y Simón el Zelador, y Judas el de Santiago. Estos todos perseveraban unánimemente en la oración juntamente con las mujeres y con María, la Madre de Jesús, y con sus hermanos.
(...)

Y al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. Y se produjo de súbito desde el cielo un estruendo como de

Atc. I. 12-14

Perseveraban en la oración con María la Madre de Jesús (9)

La Iglesia, con Pedro su cabeza, reunida en el Cenáculo (10)

(7) Santo Tomás refiere a este pasaje la institución del Sacramento de la Confirmación, por el que la Iglesia comunica a los fieles la plenitud del Espíritu Santo que ella recibió en el día de Pentecostés: «La plenitud del Espíritu Santo no debía darse antes de la Resurrección y Ascensión de Cristo, según aquello de San Juan, VII, 39: Todavía no había sido dado el Espíritu, porque Cristo no había sido aún glorificado».

(8) El Espíritu de verdad, es también Espíritu de fortaleza. Por esta fuerza de Dios que es el Espíritu Santo los cristianos tienen el poder de ser testigos, esto es, mártires de la Verdad. Por esto el carácter que imprime el Sacramento de la Confirmación, que al darnos plenamente el Espíritu nos lleva a la perfección de la edad de la vida cristiana, es el de soldados de Cristo, para luchar en orden a la defensa de la fe contra sus enemigos.

(9) María fué la «que por medio de eficacísimas súplicas consiguió que el Espíritu del divino Redentor se comunicara con

prodigiosos dones a la Iglesia recién nacida» porque «prodigó al Cuerpo Místico de Cristo, nacido del Corazón abierto de nuestro Salvador el mismo materno cuidado con que calentó y amamantó en la cuna al tierno Niño Jesús» (Pío XII «Mystici Corporis Christi»; Pío X «Ad diem illud», vid. CRISTIANDAD, núm. 90, página 549).

(10) «A la Iglesia, fundada con su sangre — dice Pío XII en la *Mystici Corporis Christi* — la fortaleció Cristo con una fuerza especial bajada del cielo. Puesto que constituido solemnemente en su excelso cargo aquel a quien ya antes había designado como Vicario suyo... quiso manifestar y promulgar a su Esposa mediante la *venida visible del Espíritu Santo*...». El Cuerpo de Cristo, en el que fué infundido como alma el Espíritu Santo, es pues la Iglesia — una, santa, católica, apostólica y romana — como recuerda también el Papa en la *Humani generis*.

Act. II, 1-4
Estruendo como deviento y lenguas de fuego (11)

Act. II, 5-13
La manifestación de la virtud del Espíritu Santo

Concurrió la multitud...

El don de lenguas

viento que soplaba vehemente, y llenó toda la casa donde se hallaban sentados. Y vieron aparecer lenguas como de fuego, que, repartiéndose, se posaban sobre cada uno de ellos. Y se llenaron todos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en lenguas diferentes, según que el Espíritu Santo les movía a expresarse.

Hallábanse en Jerusalén judíos allí domiciliados, hombres religiosos de toda nación de las que están debajo del cielo; y al oírse este estruendo, concurrió la multitud y quedó desconcertada, por cuanto les oían hablar cada uno en la propia lengua. Y se pasmaban todos y maravillaban, diciendo: «Mira, ¿qué no son galileos todos esos que hablan? ¿Y cómo nosotros oímos hablar cada uno en nuestra propia lengua en que nacimos —partos, medos y elamitas, y los pertenecientes a la Mesopotamia, a la Judea y a Capadocia, al Ponto y al Asia, a Frigia y a Panfilia, a Egipto y a las partes de la Libia junto a Cirene, y los romanos aquí residentes, así judíos como prosélitos, cretenses y árabes—, cómo les oímos hablar en nuestras lenguas las magnificencias de Dios?» Y se pasmaban todos y no sabían qué pensar, diciéndose el uno al



otro: «¿Qué querrá ser esto?» Mas otros, haciendo chacota, decían: «De mosto están llenos».

PUES PARA VOSOTROS ES LA PROMESA Y TAMBIEN PARA VUESTROS HIJOS



Act. II, 14-41
Pedro testifica de Cristo y de su Espíritu

AS puesto de pie Pedro, acompañado de los Once, alzó su voz y les habló en estos términos:

«Varones judíos y moradores todos de Jerusalén: tened esto entendido, y prestad atento oído a mis palabras: No es así, como vosotros presumís, que estén éstos embriagados, pues no es sino la hora

tercia del día; sino que esto es lo dicho por el profeta Joel (2, 28-32):

Y acaecerá en los días postreros, dice Dios, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne; y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán ensueños; y aun sobre mis siervos y sobre mis siervas en los días aquellos derramaré de mi

Espíritu, y profetizarán.

Y obraré portentos en el cielo arriba y señales sobre la tierra abajo: sangre y fuego y exhalación de humo.

El sol se tornará tinieblas, y la luna sangre, antes que llegue el día del Señor, día grande y deslumbrador. ta de tu faz.

Y será así que todo el que invocare el nombre del Señor, se salvará.

Varones israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús el Nazareno, varón acreditado de parte de Dios ante vosotros con milagros, prodigios y señales, que Dios obró por Él en medio de vosotros, según que vosotros mismos sabéis, a éste vosotros, dentro del plan prefijado y de la previsión de Dios, habiéndole entregado, enciavándole por mano de hombres inicuos, le disteis la muerte; al cual Dios resucitó, sueltas las dolorosas prisiones de la muerte, por cuanto no era posible que Él quedase bajo el dominio de ella. Porque David dice respecto de Él: (Sal. 15, 8-11)

La promesa de salvación para todo el que crea en Cristo.

La fuerza del Espíritu: Pedro da ahora audaz testimonio de Cristo crucificado.

David profetizó la resurrección de Cristo

(11) Espíritu significa viento. Es el aliento vital de Dios. Por esto se manifiesta acompañado de un ruido de viento impetuoso. Sobre alguno de los términos usados por la Escritura y la tradición para designar la tercera Persona vid. infra pág. 202 algunos fragmentos de la abundantísima literatura patristica al respecto.

Se cumplen las profecías de los tiempos mesiánicos

«El salmo
de la Resurrección»

Miraba yo al Señor delante de mí
constantemente,
porque a mi derecha está, para que
no sea yo sacudido.

Por esto se regocijó mi corazón
y se alborozó mi lengua,
y hasta mi carne reposará sobre la
esperanza

de que no abandonarás mi alma en
los infiernos,

ni consentirás que tu Santo ex-
perimente corrupción.

Me mostraste los caminos de la vida,
me henchirás de gozo con la vis-

Varones hermanos, se puede decir
sin reparo alguno ante vosotros acer-
ca del patriarca David, que murió y
fué sepultado, y que su sepulcro
subsiste entre nosotros hasta el día
de hoy. Profeta, pues, como era, y
sabiendo que Dios le **había jurado
solemnemente que asentaría sobre
su trono, a uno de sus descendientes**
(Sal. 88, 4-5; 131, 11), con visión
profética habló de la resurrección
del Ungido, que **ni sería abandonado
en los infiernos ni su carne experi-
mentaría corrupción.** A éste, que no
es otro que Jesús, resucitó Dios, de
lo cual todos nosotros somos testi-
gos. **Exaltado, pues, por la diestra
de Dios y habiendo recibido del Pa-
dre la promesa del Espíritu Santo, le**

Exaltado a la diestra del
Padre ha derramado el
Espíritu Santo, esto es lo
que veis y oís

**ha derramado, que es esto que vos-
otros veis y oís.** Que no fué David
quien subió a los cielos; antes él
mismo dice: (Sal. 109, 1)

Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a
mi diestra,
hasta que ponga a tus enemigos por
escabel de tus pies.

Con toda seguridad, pues, conoz-
ca todo Israel que Dios le constituyó
Señor y Mesías a este mismo Jesús
a quien vosotros crucificasteis.

Al oír esto, sintieron traspasado
de dolor su corazón y dijeron a Pe-
dro y a los demás Apóstoles: «¿Qué
tenemos que hacer, varones herma-
nos?» Pedro a ellos: «Arrepentios,
dice, y bautícese cada uno de vos-
otros en el nombre de Jesu-Cristo
para remisión de vuestros pecados,
y **recibiréis el don del Espíritu Santo.**
Pues **para vosotros es la promesa, y
también para vuestros hijos** y para
todos los que están lejos, cuantos
quiera que llamare a sí el Señor Dios
nuestro». Y con otras muchas razo-
nes dió su testimonio, y los exhor-
taba diciendo: «Salvos de esa ge-
neración perversa». Ellos, pues, aco-
giendo su palabra, fueron bautiza-
dos; y fueron agregados en aquel día
como unas tres mil almas.

Cristo - Rey. «Dios ha
exaltado aquel a quien
vosotros crucificasteis»

El perdón de los peca-
dos y el don del Espíritu
Santo

Y se le agregaron en
aquel día unas tres mil
personas

Los textos están sacados de la Sagrada Biblia. Tomo II de *Bover-Cantera* (Colección de la B. A. C.)

ROBERTO EL PIADOSO

«Dentro de la Edad Media, dice Menéndez Pidal, en que la Iglesia es dirigente de la vida occidental, resulta muy característico del siglo XI el hecho de hallarse regidos sus comienzos por grandes soberanos que compiten en perfección cristiana: San Enrique impera en Alemania; San Esteban rige a Hungría; Roberto el Piadoso a Francia.»

A Roberto el Piadoso se atribuye el himno al Espíritu Santo que ofrecemos al lector. Autor ha habido que le ha negado su paternidad, si bien reconociendo como suya la música con que se acompañaba. No es nuestro propósito dilucidar tal cuestión, sino dar simplemente alguna noticia acerca de dicho rey y de su época, aquella época en que, como dice su contemporáneo Raúl Glaber, «todo el universo, y principalmente Francia e Italia, emprendió la reconstrucción de las iglesias, bien que muchas de ellas, construidas sólidamente, no tuvieran ninguna necesidad de tales reparaciones; pero cada nación cristiana quería poseer las más bellas. Era como si el mundo, para disimular su vejez, se revistiera del manto blanco de las iglesias.»

Era Roberto el Piadoso hijo de Hugo, fundador de la dinastía de los Capetos, que comenzó a reinar en 987 por haber fallecido el último de los carolingios legítimos. Tres meses después de subir al trono, el 25 de diciembre, se asoció en el gobierno a su hijo Roberto, que le sucedió al ocurrir su muerte en 996. Transcurrió el reinado de éste entre las luchas contra sus propios vasallos feudales y las que sostuvo para evitar que cayeran los restos de la Lotaringia en poder del Imperio; a ello vinieron a añadirse serios dramas domésticos. Todo lo cual no impidió, sin embargo, que el rey se entregase a obras de piedad y caridad.

No faltaba a las funciones de la Iglesia, leía cada día el salterio, y enseñaba a los demás las lecciones y los himnos. Pasaba sin dormir las noches enteras de Navidad, Pascuas y Pentecostés. Desde Septuagésima hasta Pascua dormía en el duro suelo y dedicaba la Cuaresma a continuas peregrinaciones. Las limosnas ordinarias del rey en París, Senlis, Orleans, Dijon, Melun, Etam-

pes, Auxerre, consistían en alimentar cada día a trescientos pobres y a veces hasta mil.

A un tal espíritu caritativo unía un ferviente amor por las ciencias y las artes. «Este hijo del rey, dice el conocido escritor liberal Lavissee, estaba más instruido que la mayor parte de los laicos de su tiempo. Sabía latín, que su padre ignoraba, amaba los libros y los llevaba consigo cuando salía de viaje.» Y un historiador coetáneo suyo, le atribuye los calificativos de «muy piadoso, prudente, letrado, suficientemente filósofo, pero sobre todo, excelente músico, que compuso numerosos himnos, prosas y estrofas, que fueron cantadas en la Iglesia.»

Esta cultura, que le hacía sobresalir entre sus contemporáneos, la había recibido principalmente Roberto en la escuela del que luego fué Papa con el nombre de Silvestre II, el monje Gerberto, cuya ciencia, allá en sus comienzos, está en relación con nuestra patria.

La formación de la civilización cristiana, fué durante toda la Edad Media patrimonio exclusivo de la Iglesia, no sólo en el aspecto moral y religioso, sino en el intelectual, y esta labor, sobre todo cuando tenía un tono superior, la desarrolló principalmente por medio de las escuelas monásticas y episcopales. En una de esas escuelas, la de Reims, desarrolló su labor docente nuestro Gerberto, y a ella acudió el que había de llegar a ocupar el solio real, Roberto el Piadoso.

Allí oíría el futuro rey de Francia las lecciones sobre Dialéctica que su maestro daba siguiendo la Introducción de Porfirio y los Comentarios de Boecio, y la exposición de las categorías de Aristóteles que solía hacer a sus discípulos. Y en sus clases preparatorias de Retórica oíría leer a Virgilio, Horacio y Juvenal, Persio y Lucano. Y de esta manera se fué preparando aquella alma para poder dar forma a la lírica que forjó en su espíritu el entusiasmo cristiano del siglo XI, entusiasmo cristiano que, como dice Bossuet, es el único que junto con el antiguo de los hebreos, es capaz de inspirar la verdadera poesía.

Veni, Sancte Spiritus

Himno de Roberto el Piadoso, rey de Francia, incorporado por la Iglesia a la liturgia.

Veni, sancte Spiritus,
et emitte coelitus
lucis tuæ radium.

Veni, pater pauperum,
veni, dator munerum,
veni, lumen cordium,

Consolator optime,
dulcis hospes animae;
dulce refrigerium;

In labore requies,
in aestu temperies,
in fletu solatium;

O lux beatissima,
reple cordis intima
tuorum fidelium.

Sine tuo numine
nihil est in homine,
nihil est innoxium.

Lava quod est sordidum,
rigo quod est aridum,
sana quod est saucium;

Flecte quod est rigidum,
fove quod est frigidum,
rege quod est devium.

Da tuis fidelibus
in te confidentibus
sacrum septenarium.

Da virtutis meritum,
da salutis exitum,
da perenne gaudium.

Ven, divinal Espíritu,
y de tu cielo envíanos
rayo iluminador;

Ven, Padre de los míseros,
ven, dator de las dádivas,
lumbre del corazón.

Consolador suavísimo,
dulce huésped del ánima,
refrigerio vital:

Del afán tregua plácida,
del ardor fresco céfiro,
consuelo en el llorar.

Oh lumbre dichosísima,
inunda los más íntimos
senos del alma fiel;

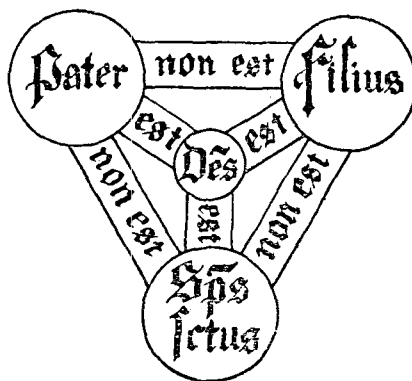
Sin tu numen benéfico
en el humano espíritu
se agosta todo bien.

Lava tú lo que es sórdido,
riega el corazón árido,
sana al que enfermo está:

Doblega tú al indómito,
da al tibio ardor vivífico,
rige al que errado va.

Presta a tus fieles súbditos,
que en ti esperan, tu célico
septiforme raudal:

Danos virtuoso mérito,
danos dichoso término,
danos gozo eternal. Amén.



EL ESPIRITU SANTO Y EL ALMA DEL CRISTIANO

La devoción al Espíritu Santo es fundamental en el Cristianismo. Los primeros cristianos se alimentaban — dice el Padre Enrique Ramière (1) — con la meditación del dogma de su presencia divinizadora en nuestras almas; en él buscaban su consuelo en los dolores de la persecución y su fortaleza en la lucha contra los tiranos. Los Santos Padres, al hacer la explanación de las verdades de la fe, desarrollaban las apelaciones que se dan en la Sagrada Escritura a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad—Aguas vivas, Crisma, Realeza, Perfume, Vapor, Cualidad divina, Acción, Donación, etc.— para ayudar a los fieles a vivir la devoción hacia ella, haciéndoles sentir su presencia y acción viva y vivificadora sobre las almas.

CRISMA

«El Espíritu llámase Crisma y es sello. Pues San Juan escribe: **La unción que habéis recibido de Él, permanece en vosotros y no necesitáis que nadie os instruya, antes bien, su unción, su Espíritu, os instruye acerca de todas las cosas** (I Juan, II, 27). Y en el profeta Isaias está escrito: **El Espíritu del Señor sobre mí, porque Él me ungió;** y San Pablo: **Cre- yendo en el cual fuisteis sellados para el día de la redención.** Pues las criaturas están selladas y ungidas en Él y son instruidas en Él acerca de todas las cosas. Si, pues, el Espíritu Santo es el unguento y el sello, en el que el Verbo unge y marca toda cosa, ¿qué semejanza y afinidad puede haber entre el crisma y el sello con respecto a lo ungido y a lo sellado? El sello no es lo sellado ni el crisma lo ungido, sino que el Espíritu es lo propio del Verbo que marca y unge. Porque el crisma posee el buen olor y el aliento de Aquel que unge; he aquí por qué los que por la unción vienen a ser participantes de Éste pueden decir: **Somos buen olor de Cristo.**»

(San Atanasio, I Carta a Serapión, 23.)

«El Señor prometió que enviaría el Paráclito que nos uniría a Dios. En efecto, así como sin agua no se puede hacer de un trigo seco masa ni pan, del mismo modo con todos nosotros no puede hacerse una sola cosa en Jesucristo sin el agua que viene del cielo; y así como la tierra seca no fructifica si no recibe humedad, así tampoco nosotros, que en principio no somos más que leña seca, produciríamos jamás frutos de vida sin la celeste lluvia generosa. Mas nuestros cuerpos están unidos por el bautismo que da la inmortalidad, y nuestras almas por el Espíritu. Ambos son necesarios para dar la vida de Dios; pues nuestro Señor tuvo compasión de aquella pecadora Samaritana y le mostró y prometió agua viva para que no tuviese ya más sed y no se ocupase buscando en recoger agua trabajosa teniendo en sí agua que salta hasta la vida eterna. Tal es el don que el Señor ha recibido del Padre y que ha dado a todos los que participan de él al enviar el Espíritu Santo por toda la tierra.»

(San Ireneo, Lib. III, cap. XVII, 2.)

(1) P. Enrique Ramière. — *El Corazón de Jesús y la Divinización del cristiano*, páginas 36 y 37.

San Atanasio

Fué discípulo de San Antonio, patriarca de los cenobitas. Sufrió destierro, impuesto en diferentes ocasiones por los emperadores Constantino, Constancio, Juliano el Apóstata y Valente. Templada su alma en las adversidades, se hizo invencible en la polémica. Sus sermones llevaron hasta el pueblo las disputas religiosas y la opinión unánime de la ciudad de Alejandria forzó al emperador a llamarle de nuevo. Fué el martillo de los arrianos, defendiendo la divinidad del Hijo; y llamó al Espíritu Santo, cuya divinidad atacaba la herejía de los macedonianos, sello, unción, aliento, como puede verse en su *Primera carta a Serapión*, en que explica la unidad y diversidad de la Trinidad.

San Ireneo

Nació en Esmirna por el año 140; oyó de joven los sermones de su obispo San Policarpo, y en tiempo de la persecución de Marco Aurelio era presbítero de la iglesia de Lyon, pasando a ser más tarde obispo de la misma. Escribió contra los montanistas y contra los gnósticos. Por el fragmento de su obra que copiamos a continuación, puede verse cómo hace aseguibles con acertados símiles la misteriosa infusión del Espíritu Santo. Según la tradición, sufrió el martirio en tiempo de Septimio Severo. Durante el pontificado de Victor I, luchó valientemente sobre la controversia de la Pascua «haciendo honor a su nombre y siendo verdaderamente pacificador». Dió fin a su vida un glorioso martirio.

A G U A V I V A

Juan Bautista, después de haber hablado del bautismo «del agua y del Espíritu», dice de Cristo: «Él os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego.» Pues ya que el hombre es un vaso de arcilla, necesita ser primero purificado por el agua y consolidado después por el fuego divino (porque Dios es un **fuego consumidor**); necesita también del Espíritu Santo por el cual se perfeccione y renueve, pues sabe el fuego espiritual regar y el agua espiritual fundir en el crisol.

(Dídimo. De Trinitate, Lib. II, cap. XII, col. 672.)

D O N A C I O N

«Finalmente, es imposible que nadie obtenga la gracia de Dios, si no posee el Espíritu Santo, pues que probamos que en Él subsisten todos los dones de Dios, en quien afirmamos que están todos los dones de Dios juntos. Aquel que lo posee, adquiere por ello mismo la sabiduría y todos los demás bienes. Se demuestra por el razonamiento presente y por el pasaje en que, para establecer que el Espíritu Santo es la substancia de los bienes de Dios, **substantiam bonorum Dei Sspiritum Sanctum esse**, hemos relacionado los dos textos: **El Padre dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan, y el Padre dará bienes a quienes se lo pidan**. Ni debemos creer que la substancia del Espíritu Santo sea divisible, porque se le llame la multitud de los bienes. Es impasible, indivisible, inmutable. Mas lleva los nombres de diversos bienes, según diferentes conceptos, y según sus efectos variados, pues, comunicándose a sí mismo, no se hace participar siempre de una sola y misma manera; sino que se adapta a la utilidad de cada uno de los bienes de que colma a aquellos en quienes juzga deber estar presente.»

(Dídimo. De Spiritu Sancto, párr. 22.)

P E R F U M E

«Pues siempre sabio y poderoso es el Espíritu, o mejor, es realmente la sabiduría y el poder, no por participación, sino por naturaleza. Así cuando decimos que el perfume que se exhala de los aromas llega a nuestros sentidos, por el pensamiento lo distinguimos de su origen, como si hubiese recibido el poder de manifestarlo; pero sabemos que no es de una naturaleza diferente de las substancias donde existe y de que se exhala. Pensad igualmente de Dios y del Espíritu Santo, elevando y purificando vuestros conceptos. Considerad al Espíritu Santo como un cierto olor de la substancia divina, pero olor substancial, viviente y activo, transmitiendo a la creación todo cuanto viene de Dios y por ella misma infundiendo la participación de la substancia infinita. En efecto, si el perfume de los aromas posee propiamente la virtud de impregnar los vestidos, y de alguna manera de transformar en sí misma los tejidos donde ha penetrado, ¿cómo el Espíritu Santo, que procede de Dios por naturaleza, no tendría suficiente poder para comunicar la naturaleza divina a aquellos en quienes existe?»

(San Cirilo. In Ioannem Comment., lib. XI, M., XLIV, col. 452 y 453.)

Dídimo

Nació en Alejandría por el año 310 y quedó ciego desde niño, pero fué uno de los personajes más insignes de su época. Estuvo casado y permaneció seglar; sin embargo, Rufino y San Jerónimo no desdénaron sentarse en los escaños de su escuela. De su obra *De Spiritu Sancto* conocemos solamente la traducción de San Jerónimo; pero en los fragmentos que copiamos a continuación puede apreciarse la fuerza con que demuestra la múltiple acción con que el Divino Espíritu purifica, perfecciona y renueva al hombre según diversos conceptos, permaneciendo sin embargo, impasible, indivisible, inmutable.

Aunque no es un Santo Padre en el sentido teológico de la palabra, contribuyó grandemente a propagar y difundir en su tiempo las doctrinas católicas, siendo uno de los más destacados representantes de la tradición. Sus palabras son las características del dogma católico; especialmente es notable su citado libro *De Trinitate*. Por esto San Jerónimo dió testimonio de este varón esclarecido diciendo que era «imperito en el estilo, pero no en la ciencia, hombre apostólico, tanto por la luz que irradia su sentir, como por la sencillez de sus palabras».

San Cirilo

Son muy pocas las noticias que se tienen de él antes de su exaltación al Patriarcado de Alejandría, que tuvo lugar en 412, aunque se cree que nació en esta misma ciudad y que era sobrino del patriarca Teófilo. Escribió contra los libros del impío Juliano y luchó contra el nestorianismo. Es famosa su *Cristología* y su obra exegética; demuestra la presencia y acción del Espíritu Santo, entre otras abundantes y hermosas alegorías, por la relación sensible del aroma con la flor que lo produce. Fuera de San Atanasio, no tiene rival en la iglesia griega y respecto a la Iglesia universal, no hay tal vez Santo Padre cuya doctrina sea acogida tan amplia y confiadamente como regla de fe por los concilios ecuménicos.



VENTILACION DE IDEAS

Queremos que la realización de los trabajos que se publicarán en esta sección —y que han de ser notas muy breves y concretas— responda al título con que se encabezan. Se expondrán en la forma más clara y rigurosa posible algunas ideas que flotan en el ambiente de nuestro tiempo o que en un momento dado estallan; y ésta será la labor del bieldo. Cuando tales ideas hayan sido suficientemente ventiladas, para que nadie pueda decirnos que dejamos intacto su secreto, las haremos pasar por la criba de nuestros principios sobrenaturales —que precisamente por serlo, son la norma suprema de todo orden: del natural y del sobrenatural— para comprobar lo que puede ser mantenido como buen trigo y lo que, por no ser más que paja o trigo averiado, se destina al fuego. La polémica será, pues, nuestra primera orden del día. Por lo demás, las afirmaciones católicas serán el criterio supremo a cuyo contraste se hará la estimación de las ideas extrañas.

Hace pocos días, preguntaban en una revista madrileña a un ilustre escritor sobre lo que pensaba del papel de los católicos en el momento actual. Contestó que debían «ser más católicos y decirlo menos». La primera parte de la

Qui'l doit y avoir une Eglise de France

En este título leemos en la revista «Terre Humaine, Revue de Doctrine et d'Action», de marzo de 1951, un artículo, en realidad, sorprendente y que para mayor importancia de la actitud adoptada no es de la responsabilidad de un determinado colaborador, sino que es el «editorial» de la revista, tras del cual siguen numerosos artículos firmados por sus autores respectivos, en algunos de los cuales hallamos ideas y apreciaciones que muestran hallarse bastante cerca de la posición de la revista, como para poder creer que se trata aquí de un movimiento de opinión con cierta base en algunos círculos intelectuales franceses. Se reconoce que la idea de una Iglesia de Francia puede desagradar «a los espíritus religiosos que temen con razón una contaminación nacionalista de su fe». Luego añade: «La Iglesia galicana es uno de los más equivocados recuerdos de nuestra historia nacional y nos evoca el tiempo en que la Iglesia era mantenida en Francia en una estrecha dependencia del poder real». Admite también que la pretendida libertad de la Iglesia galicana era una mixtificación y que ocultaba «una servidumbre política». Sin embargo, estima que, en estos momentos, la Iglesia francesa debe constituirse en una Iglesia nacional, para cuya

dispensable el diálogo; pero, ¿quién pronunciará las certidumbres fundamentales, comunes a todos los interlocutores, sin las cuales el diálogo mismo estaría desprovisto de sentido, y por qué medio transformar en armonía las inevitables y útiles disonancias? En este punto es donde una Iglesia de Francia, institucionalmente constituida, podría desempeñar un papel decisivo, suscitando, protegiendo y orientando las libertades legítimas de los católicos. Entonces, el catolicismo francés se parecería un poco menos a un ejército extraño que no carece de francotiradores, pero cuyo grueso de tropa está concentrado en una retaguardia monstruosa cada vez más aislada de la vanguardia. «La ausencia de una Iglesia de Francia ha sido una gran desgracia para nuestro país y, de rechazo, para la catolicidad entera, sobre la cual el ejemplo francés tiene siempre una gran influencia.» Los ejemplos de esta desgracia son que, bajo la ocupación alemana hubo algunos obispos «admirables» —se entiende que este elogio de «admirables» se refiere a que en su actitud política coincidieron con el punto de vista político de estos grupos—; muchos fueron incluso de una abnegación discreta. «Pero no hubo episcopado para serlo colectivamente y para formar, como un cuerpo, el órgano de una resistencia espiritual fundada sobre los imperativos convergentes de la doctrina cristiana y de la realidad francesa.»

De suerte que si los obispos franceses hubieran adoptado una posición política; por ejemplo, formando parte y, eventualmente, presidiendo los comités de resistencia, junto con los comunistas y gentes del más diverso origen, no podrían esgrimir hoy este reproche; pero, al mismo tiempo, caería también por su base uno de los motivos del articulista para pedir que se constituya una Iglesia francesa. Lo menos que se nos puede conceder ante sugerencias de este tipo es el derecho a sor-

de los valores morales, aprueba desde arriba esta acción justificada por los mismos principios de derecho natural y deja que estos grupos de familias católicas lleven la discusión del problema en la forma que crean más conveniente para salvaguardar sus derechos.

Luego, el articulista lanza una invitación —no sabemos a quién, pero, en todo caso, a las jerarquías de la Iglesia católica— a que reconquiste su verdadera naturaleza, y que dentro de su fidelidad a lo eterno actúen con «audacia creadora».

Nadie podrá negarnos que este lenguaje se parece demasiado al que en los países del Este europeo emplean los comunistas para justificar la constitución de Iglesias «nacionales» separadas de la directa e inmediata obediencia a Roma, y no nos extrañaría que también detrás de esta actitud de la revista francesa citada hubiese algún «católico»-comunista, perteneciente al llamado «progresismo cristiano» que Roma ha tenido que condenar. Rogamos al lector que medite cada una de las palabras del párrafo que le brindamos a continuación, traducido literalmente, porque, en realidad, ninguna tiene desperdicio: «Una Iglesia de Francia no sería evidentemente católica más que en comunión estrecha de libre obediencia y de respeto afectuoso con Roma. Más aún, acentuaría el carácter romano de la iglesia católica, es decir, universal. Una organización mundial como la Iglesia católica sólo es viable y justificable si admite de alguna manera el principio de la federación. Su unidad se hace más brillante de este modo. En las ruinas de una civilización que se derrumba y en el parto doloroso de una civilización nueva, Roma tiene que asumir un papel decisivo que desconcertará verdaderamente a muchos prejuicios provinciales, o sea, nacionales. Francia está especialmente preparada para desear, para aceptar, para admirar este papel tan tradicional al mismo tiempo que tan nuevo de la sede de Pedro. A condición de que exista entre Roma y el pueblo de Francia, católico o no, cristiano o no, la mediación indispensable, bienhechora, orgánica de una Iglesia de Francia.»

El lector se preguntará por el papel o la función inmediata que había de desempeñar esta Iglesia de Francia. En los párrafos anteriores ya está indicada en algunos aspectos, pero podemos dar, en otra cita una expresión más concreta —y para nosotros más escandalosa— de esta misión. «Una de las funciones de esta Iglesia de Francia —dice— sería entonces explicar Roma a Francia y Francia a Roma. Los franceses tienen

esta debilidad o esta fuerza —que no es ciertamente concesión a una herejía cartesiana, sino expresión de un temperamento invencible, providencialmente nacional— de no poder amar más que lo que comprenden. ¡Qué grandeza en una Iglesia de Francia dedicada a asegurar esta doble radiación de Roma en Francia y de Francia en toda la cristiandad!

La «elocuencia abstracta» y la «generalidad latina» de los grandes documentos pontificios, dogmáticos y civilizadores al mismo tiempo, necesitan de exégesis y de comentarios que no pueden ser dejados al azar de las interpretaciones individuales, sobre todo en Francia donde se encuentran laicos y clérigos que buscan y recogen a lo largo de las encíclicas algunas grandes piedras con que lapidar a sus hermanos.

Este deseo francés de «explicar» Roma a Francia y Francia a Roma, significa algo así como una petición para que se conceda a la Iglesia de Francia el derecho de intervenir en la redacción de los documentos pontificios que pueden dirigirse luego o afectar a los católicos franceses. Como esta afirmación habrá de parecer a algunos de nuestros lectores escandalosamente estridente vamos a garantizarla con una cita del mismo artículo. «Para tocar a un problema más actual, la encíclica «*Humani Generis*» hubiese provocado menos desesperaciones secretas en una selección intelectual francesa si la Iglesia de Francia hubiese colaborado en su génesis y si el texto pontificio hubiese sido después explicado y comentado en

un documento oficial, cuya responsabilidad hubiese sido asumida por la Iglesia de Francia y en el que se habría vuelto a encontrar el acento de las famosas cartas del cardenal Suhard que han podido hacer creer durante un corto momento en la realidad de una Iglesia de Francia: pero vendrá la arquitectura que dará su asiento a estas piedras maestras»...

Las protestas con que el articulista rechaza todo parecido con la Iglesia galicana, ya citadas al comienzo de esta nota, no nos pueden hacer olvidar uno de los artículos de la «*Declaratio Cleri Gallicani*» aprobada por la Pequeña Asamblea el 19 de marzo de 1682, y en cuya redacción parece que intervino el mismo Bossuet, quien, no obstante su genialidad, mostró aquí la inseguridad de su concepción teológica sobre la naturaleza del primado y sobre las prerrogativas inalienables de la Iglesia. En el artículo III de aquella declaración se decía que «el poder del Papa está limitado por las disposiciones de los sagrados cánones de la Iglesia universal y particularmente por las prácticas y usos de la Iglesia de Francia».

Es claro que el poder y el mandato de regir y gobernar la grey de Dios, de apacentar los corderos y las ovejas, de confirmar a los hermanos en la fe, así como la autoridad de piedra angular del edificio de la Iglesia conferida por Jesucristo a Pedro y a sus sucesores, quedan reducidos a un primado puramente nominal y sólo en materia de fe y aun en esto subordinado al asentimiento de las Iglesias «nacionales» que a ejemplo de la Iglesia de Francia pudieran constituirse. Por otra parte, queda anulada la autoridad del Papa en el ámbito de la vida civil con grave riesgo de que el Vicario de Jesucristo se convirtiera en mero instrumento de los poderes laicos. Esta actitud de la Iglesia de Francia fué entonces condenada por el Papa Inocencio XI, quien rehusó la institución canónica a los sacerdotes que el rey proponía para obispos y que habían tomado parte en la aprobación de aquellos principios. La declaración fué condenada solemnemente por Alejandro VIII mediante la bula «*Inter multiplices*» del 4 de agosto de 1690.

Ahora la cosa no reviste la misma gravedad, puesto que no pasa de ser la opinión de unos pocos, y que no sabemos si tienen alguna influencia. En todo caso, nos ha parecido interesante ventilar estas opiniones en nuestra revista que pone por encima de cualquier otra consideración la de una obediencia incondicional al Vicario de Jesucristo.

Jesús Sánchez Mazpule



Leyendo a Jorge Santayana

Teniamos una deuda con Santayana, del cual nos llegaban frecuentes ecos y referencias sobre su última cotización intelectual en los Estados Unidos y en todo el mundo anglosajón, que le considera como uno de sus más grandes escritores y como el pensador más original, quizá, e influyente. Se da además la circunstancia de que Santayana ha nacido en Madrid de padres españoles y, emigrado muy joven a los Estados Unidos, se abrió camino allí por su gran talento y su vasta cultura hasta ser profesor durante varios años en la Universidad de Harvard. «¿Cómo ha ocurrido —escribe Marcel Brion— que un nombre tan puramente español y de orígenes tan rigurosamente ibéricos se haya convertido en uno de los más grandes escritores de los Estados Unidos y uno de los maestros más eminentes del pensamiento americano?» Su fama de gran escritor nos llevó a leer una de sus novelas, «El último puritano», en la que pudimos admirar su gran talento de expositor y la increíble habilidad con que en el más simple rasgo de comportamiento de un personaje sabe ir desmontando los motivos psicológicos que le determinan a obrar, con un análisis sutilísimo de sus ideas hasta dejarnos sus tipos tan plenamente al descubierto, que, si no se les sintiera vivir, creeríase que habrían sido forjados con posterioridad al esquema mismo de sus pensamientos para darse luego el autor el capricho triunfal de desmontar sin ningún desperfecto la estructura psíquica que él mismo se había ingeniado con este fin. La lectura de una novela mostraba en Santayana, no sólo su sorprendente habilidad de escritor y de psicólogo, sino al mismo tiempo el hábito de jugar y de trabajar con las ideas, como un filósofo profesional. Como acontece además que Santayana es esto, un filósofo, y que en este plano de actuación ejerce su mayor influencia, era necesario seguirle también por este camino, y he aquí que nos dicen que el pensador español y yanqui atraviesa por una crisis profunda que le ha llevado a recluirse en un convento en Roma para prepararse a morir. En este punto, nuestra deuda hacia él aumentaba de precio, puesto que cabía la posibilidad de tratarse de un hombre próximo a la conversión católica, una especie de nuevo Papini, y no habría sido tolerable ni decente que esto ocurriera sin habernos dado cuenta de su existencia o del curso de sus ideas.

Un escritor francés, Jacques Duron, ha escrito un libro titulado «La Pensée de Georges Santayana», en que presenta la filosofía íntegra de este pensador. Su último libro, «La idea de Cristo en los Evangelios», se presenta como la

conclusión de su incesante búsqueda de certidumbres, perseguida durante cerca de setenta años —Santayana tiene actualmente ochenta y siete—, y el problema religioso es básico en este libro. Un anuncio editorial nos dice de él: «Quizá sea este libro el único de la filosofía contemporánea en que se abordan tan decididamente los problemas de la naturaleza divina y la humana, así como de su enlace y expresión perfecta en el Cristo católica, y es, desde luego, la exposición más reveladora del sentir religioso del filósofo que nació en Madrid, tuvo larga vida de profesor ilustre en Norteamérica y está ahora en un convento de Roma preparándose para la muerte.» Como, además, se nos dice que en estas páginas se encamina el filósofo de nuevo «hacia el credo tradicional de su apellido» y da una expresión dramática e inspirada de la presencia de Dios en el hombre, era ya ineludible consultar también este documento.

La verdad es que no esperábamos hallar en Santayana las luces que sobre el problema de la personalidad divina de Jesucristo nos dan los libros de teología católica, ni siquiera que en la parte de análisis de lo eterno en el hombre alcanzara la profundidad de Scheler; pero sí, al menos, podríamos esperar que la lectura de los Evangelios arrancara acentos originales en el alma de un pensador de gran talento, preparado, además, humanamente para semejantes resonancias por el hecho de sentir en crisis sus ideas anteriores.

Pues bien, el resultado de nuestro examen ha sido decepcionante. Santayana ha leído los Evangelios, no con espíritu de simplicidad, como requiere el acceso a la palabra de Dios, sino llevando a los mismos las preocupaciones y los problemas suscitados en los últimos años por la crítica racionalista y protestante. Ni siquiera nos parece que en este contraste buscado haya estado él con disposición de imparcialidad, sino que, por el contrario, le vemos imponiendo al texto de los Evangelios las conclusiones previas que llevaba del estudio de sus guías. Se suman a esto algunas observaciones de tipo filosófico, absolutamente fútiles, como por desgracia es bastante corriente en los filósofos anglosajones, en contraste radical con los alemanes. De suerte que ni siquiera el libro nos aclara el problema de la actitud religiosa de Santayana, puesto que, en este caso, la preposición «de» no hace referencia a títulos de propiedad, sino que más bien sirve de indicio o de programa curioso para que nosotros, particularmente, podamos registrar en cada capítulo y hasta en cada párrafo el eco de las lecturas del autor que quedan allí condensadas

y que él, por lo visto, acepta sin demasiadas preocupaciones críticas. Cuando nos dicen que Santayana es «un místico español» que está en la línea de Fray Luis de León, o incluso cuando se le compara con Miguel de Unamuno, tenemos que sorprendernos de la violencia de tal comparación, que para salir adelante tiene que prescindir en absoluto hasta de la significación literaria o filosófica de los dos personajes citados. Se dirá tal vez que también en las disquisiciones religiosas de Unamuno podía seguirse fácilmente la serie de sus lecturas; pero, al menos, en el escritor español había una hondísima preocupación religiosa, un ansia de inmortalidad y de trascendencia que desbordaba la malla de unas ideas de las que no sabía desprenderse, pero que, por lo menos literariamente, le salvaba para constituir su original personalidad. La de Santayana no aparece por ninguna parte en el libro; de suerte que después de leer con cuidado y con ansia el libro «La idea de Cristo en los Evangelios», seguimos sin saber nada de la fase actual de la crisis religiosa que le ha llevado a Roma «para prepararse a bien morir». Deseamos y pedimos a Dios que su permanencia en un convento le devuelva un poco el espíritu de simplicidad, que olvide mucho de lo que ha aprendido y que se ha asimilado para convertirlo en propia posesión, con el fin de que el Evangelio pueda dictarle lecciones más fecundas de las que se desprenden de la crítica racionalista o protestante.

J. S. M.



Sobre la reforma del calendario

LA fijación de la postura oficiosa de la Iglesia —posición recogida por el «Osservatore Romano»— ante la proyectada reforma del Calendario, ha llevado al primer plano de la actualidad esta candente cuestión de nuestro tiempo que ha estado a punto de encontrar en los últimos meses una fórmula definitiva en la Organización de las Naciones Unidas. El movimiento reformista del Calendario Gregoriano que en 1582 diera el papa Gregorio XIII al mundo y que en los últimos veinte años —especialmente desde la fundación de la «World Calendar Association», que ha gastado más de un millón de dólares en la propaganda de sus ideas— ha sido sencillamente arrollador en el lustro que nos separa del fin de la segunda guerra mundial. Tres principales formas ofrece este movimiento renovador del Calendario que se alza como una crítica violenta ante el edificio casi tres veces centenario del calendario actual:

1. — El calendario de trece meses propuesto por el norteamericano Eastman, en el que cada mes tiene 28 días.

2. — El Calendario defendido por el argentino Rodríguez Itúrbide, integrado por doce meses de treinta días, y cada mes por seis «cinquenos» de cinco días. A fin de año —para adaptarse a los 365 días que tiene el año— se agregaría al mes de diciembre un «cinqueno». Los años bisiestos llevarían un día más que se denominaría «día de la paz».

3. — El Calendario creado por la «World Calendar Association» que divide el año en cuatro trimestres de trece semanas cada uno, que empiezan en domingo y terminan en sábado, con lo que el año se iniciaría siempre con un domingo y acabaría en sábado. El primer mes de cada trimestre contaría 31 días y los otros dos con 30. Habría un día «en blanco» y en los bisiestos, dos.

De las tres fórmulas, la más aceptada en los últimos tiempos ha sido la tercera que ha logrado incluso ser aprobada en

varias conferencias internacionales y llegar a la ONU presentada por el gobierno de Panamá. A favor de ella se argumenta diciendo que por medio de este calendario se va contra la inestabilidad, la irregularidad y los cambios de fechas relacionados con las festividades religiosas. Estas, según él, caerían siempre en los mismos días y de esta forma el calendario sería fijo e inmutable.

A primera vista, ante los ojos del observador católico, esta propuesta considerada en sí, no parece peligrosa. Pero adentrándose en la cuestión, se advierte que, aunque muchos de sus defensores obran con la mayor buena fe, la propuesta tiene un claro sabor laicista, que con sonoras fórmulas, olvida que la fijación del Calendario va íntimamente ligada al factor religioso y que no son los laicos los que han de formular la reforma y fijeza de las fiestas pascales sobre las que gira todo el Calendario litúrgico de la Iglesia, sino que esta determinación es exclusivamente eclesial. Por otra parte, no hay que olvidar que la fórmula de un Calendario universal fijo a espaldas de la Iglesia —los miembros de la «World Calendar Association» habían determinado que el Domingo de Pascua «debía» ser el primero del mes de abril— tiene en algunas de las tesis en que se subdivide, un claro influjo masónico; por ejemplo: la fórmula que recomienda que las fiestas religiosas sean llevadas al domingo más cercano. No digamos nada de la tesis defendida por el argentino Rodríguez Itúrbide que rompe con el concepto de «semana» y olvida la primacía del domingo en el seno de esta medida de tiempo exclusivamente religiosa. Lo mismo puede decirse de la propuesta que ha llegado a la ONU y que desco-

noce el carácter «sagrado» del domingo, día jerárquico sobre el que giran los restantes días de la semana. Por último, la tesis de la «World Calendar Association» de fijar un día determinado para la Pascua de Resurrección rasga una tradición milenaria, sin que se adviertan, por otra parte, las consecuencias favorables de la medida, como no sean bienes materiales de muy escaso orden y de muy discutible significado.

El progreso de las ideas sustentadas por la «World Calendar Association», incluso en los medios católicos (ideas que estuvieron a punto de convertirse en realidad el primero de enero de 1950 y después en el primer día del año actual) ha obligado a la autorizada revista romana «Ephemerides liturgicae» a publicar un extenso estudio, comentado en el «Osservatore Romano». De la revista «Ecclesia» de Madrid que ha publicado íntegro este artículo, recogemos parte de las conclusiones a las que llega su autor el padre J. Pizzoni C. M. sobre la debatida cuestión:

«La reforma del Calendario, tal como se propone, no parece, pues, que aporte aquellos beneficios materiales que sus promotores esperan y por los que trabajan sin descanso. Su aceptación no podría efectuarse sin dañar gravemente las leyes del culto católico...

Se trata de una tradición milenaria, de origen divino, y contra la cual no pueden oponerse sino razones de uniformidad, faltas de valor serio. La absoluta fijeza del calendario no es ciertamente el problema más urgente que hay que resolver para hacer felices a los pueblos. Hay muchas otras cuestiones que esperan solución adecuada, que aumentarían entre las naciones la prosperidad espiritual y material y la paz.»

José Antonio Cortazar

Cinco notas sobre intelectuales

Cierta polémica promovida recientemente acerca de qué es el intelectual, libertad del intelectual, misión social del intelectual, etc., nos incita a las siguientes sumarias reflexiones que, tal vez, en otra ocasión ampliemos y profundicemos:

1.^a *Masificación de la cultura.* — La auténtica y alta cultura se ve obligada, cada vez más, a procurarse nido más alto, más marfileña torre. Tanto más cuanto más se va extendiendo la semicultura, producto mental en serie, uniformidad, achatamiento y prefabricación de las concepciones. He aquí al-

gunos fenómenos engendrados por la semicultura: desubstanciación de las ideas más finas tomadas en uso sin previa reelaboración personal; standardización de las mentes; temerosa facilidad de la mentalidad ambiente para ser influida y manipulada por lo que se llama la «propaganda»; finalmente, falsa sensación de plenitud cultural. La semicultura, en efecto, se cree a sí misma suficiente. Todos los días, la prensa, la radio, etc., producen las ideas de que cada día debe estar provista la mentalidad media del mundo. Y como vive abastecida al día, tal que la ciudad con su mercado, ha dejando de

preocuparse por los orígenes de la cultura misma. Es decir, está convencida de que la cultura radical, la que se engendra y depura en la tarea y la vocación de las existencias especulativas, no es necesaria ni siquiera conveniente. En una palabra, cree que el intelectual está de sobra.

2.^a *Soberbia y desarraigo del intelectual.* — Es frecuente oír sostener la tesis de que el intelectual no tiene otra obligación que la de ser libre y vivir a su manera. Pero tal tesis es, por lo pronto, tan vaga de contenido que, en manera alguna, puede pretender ser

EL BIELDO Y LA CRIBA

especificativa del intelectual. La aspiración a la libertad es genérica en el hombre. De ahí que las libertades del hombre —y mantenemos aún la cuestión en un plano exclusivamente filosófico y sociológico— tengan por fuerza que estar inscritas en un ámbito mayor, común y jerarquizador: en un orden. Nada original se dice, pues, con eso de que el intelectual sólo debe preocuparse de ser libre y de vivir a su manera. Y, en todo caso, habría que distinguir entre libertad del intelectual en cuanto tal, y libertad del intelectual en cuanto hombre. Y justamente esto es lo que queremos, por el momento, señalar bien: que el intelectual es previamente hombre con todas las libertades y obligaciones que ello comporta. Que, por tanto, no puede estar fuera de aquel ámbito en que han de estar inscritas las libertades humanas, y esto tanto en la esfera moral como en la social. Por lo que hace a la fórmula «que el intelectual viva a su manera», no nos asustaría subscribirla si quiere significar que el intelectual debe vivir a su manera de hombre intelectual que tiene sensibilidad especial, conciencia más aguda, vocación perfecta de sí mismo y de aquel ámbito mayor en que está inscrito.

Esto último, su conciencia más aguda de lo actual y su mayor vocación perfecta, es lo que puede llamarse peligrosidad social, pero útil y noble peligrosidad, del intelectual. Dejemos por ahora eso.

Quede claro que no debe definirse al intelectual como hombre que está aparte de todos los hombres, como ente extraño que no está en este mundo, en este tiempo, en esta patria concreta, en esta concreta sociedad ni se expresa en esta determinada lengua. No queremos que se exija al intelectual aquella inhumana y fría asepsia que Luciano exigía al historiador cuando pedía que fuese *abasileuton, anomon, apolin*, desligado de patria, de leyes y de estado; que no se le exija lo que un siglo de cultura y *propaganda* laica le viene o reclamando o ensalzando: su *ateísmo*.

¡Como si el intelectual no fuese primero hombre; como si en cuanto hombre, no fuese ciudadano de una patria temporal y destinado a condenación o salvación eterna; como si en cuanto

hombre, no hubiese sido redimido por Cristo; como si en cuanto intelectual, no hubiese sido puesto para ilustrar y unir en vez de para confundir y separar!

3.^a *Libertad y soldada del intelectual.* — Supuesta la plena inscripción del intelectual en el ámbito de un orden común de convivencia social, un sentido total religioso, un tono nacional y una conciencia misional, dos cosas han de serle proporcionadas como debidas por la sociedad misma y por el estado: libertad en la pura creación intelectual y seguridad en la subsistencia decorosa.

Respecto de la libertad del intelectual en cuanto hombre, ya hemos dicho antes lo suficiente. En cuanto a la libertad del intelectual en cuanto tal, es decir, en cuanto a la investigación y expresión de las verdades, ya se dirá luego al reflexionar sobre la responsabilidad del intelectual.

En cuanto a la subsistencia decorosa, es claro que si quien sirve al altar debe vivir del altar, la sociedad y el estado han de dar mucho al intelectual a cambio del fermento que les proporciona, a cambio de la más clara conciencia de su estar y operar en la historia, a cambio de la renovación y profundización de los sistemas de ideas y sentimientos vigentes, etc.

4.^a *La vocación del intelectual es de Dios.* — En toda vocación hay una llamada del vocante, pero en el intelectual esta apelación está hecha directamente a lo más alto del hombre: a su inteligencia. Al intelectual se le pide una ejemplaridad especial y nobilísima: la ejemplaridad por la luz que es lo más ejemplado de Dios que en el hombre hay.

La primera humildad que el intelectual ha de tener es justamente la de entender y aceptar que toda vocación viene de fuera de él, de más allá de él, de más allá de la humanidad y de la historia. Pues toda vocación es una llamada no desde el pasado o el presente, sino bien claramente desde el futuro. No puede interpretarse la vocación cicateramente como una mera inclinación profesional, la cual es sólo su histórico instrumento. Quien llama tenaz, tenue e insistentemente sólo puede ser

un ser personal, eterno y supremo. ¡Dios llama! Toda vocación es divina y no digamos aquella —considerada aparte, claro es, la vocación religiosa— que está dirigida a la mente, que constituye al hombre en imagen de Dios (empleo el término imagen en su sentido natural, reservando el de semejanza para el sentido sobrenatural, de acuerdo con muchos teólogos).

5.^a *El intelectual o la responsabilidad.* — Con este epígrafe, grato a García Escudero, terminaremos esta superficial divagación. Aparte la vocación por excelencia, ninguna otra tan exigente como la del intelectual. Ante una llamada tan directa y obligante de lucidez, no ha de bastarle al intelectual que su ejercicio de la mente se ajuste al más riguroso método de investigación de la verdad, sino que también ha de procurar que los hallazgos de su investigación o especulación sean especulantes, reflejantes, ejemplares para el resto de los hombres. Esto exige, ante todo, la renuncia irrevocable a estas cosas: la frivolidad, la mentira y la confusión.

Por otra parte, el intelectual de veras ha de tener en cuenta que la expresión de sus pensamientos ha de convertirse a la larga en acción de otros hombres de mente probablemente tosca. Y ha de ejercitar una previsión de qué efectos sociales puede causar más adelante una teoría que él elabora en su aséptica soledad. El intelectual es responsable del futuro con la expresión de sus pensamientos del presente. Por eso, para el intelectual, la libertad de expresión (*slogan* mediocre) debe estar muy sofrenada por su propio sentido de la responsabilidad y por una obligada adivinación de los efectos que pueden producir sus teorías en una transportación al plano de la realización social por fuerza menos fina.

Grande es la dignidad y grande debe ser la libertad del intelectual; pero mayor aún es su responsabilidad. Ha recibido el don de la idea, de la palabra y tiene que responder ante el Verbo de la claridad, la prudencia, la sinceridad, la verdad y la ejemplaridad de su verbo humano. Y, por aquí, podría entrarse en otras cuestiones referidas ya al *intelectual católico*.

F. G. Sánchez-Marín

La revolución en el pensamiento de Pemartín

El reciente discurso leído por don José Pemartín en el acto de su recepción como académico de Ciencias Morales y Políticas es de los que hubieran provocado un rico y copioso glosario de palabras que escriben fuesen menos desconversables, para decirlo con una palabra que usaban nuestros clásicos y que mantiene en el ostracismo su fuerza expresiva.

Bajo un título de escasa eufonía —«Los fundamentos de la Contrarrevolución»—, el nuevo académico estudia en abstracto un tema que él considera muy actual, pues cree «que estamos viviendo, trágicamente, el último capítulo de la Revolución mundial». En consecuencia, le parece puro bizantinismo dar a la pluma, en la solemne ocasión, cualquier ejercicio que no se relacione con la ya tópica angustia del presente. De donde resultaba que el orador, movido por ella, podía alimentar la curiosidad del psiquiatra o del filósofo cultivadores del tema y les brindaba punto de meditación tan vivo y actual como éste: De cómo la angustia influye decisivamente hasta en la elección de asunto para ingresar en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Pemartín es estudiante perpetuo de filosofía desde su mocedad. A principios de siglo pasó más de diez años en Francia e Inglaterra. Estudió en la Sorbona y en el Colegio de Francia; oyó a Emil Faguet y, sobre todo, a Bergson, sin descuidar las ciencias, que le depararon saberes físico-matemáticos y un título de ingeniero. En Londres completó su formación humanística y científica. Y por todo ello es uno de los pocos españoles doctos en física y conocedores al propio tiempo de los problemas de la filosofía, sin olvidar tampoco la literatura, especialmente la inglesa y la francesa, de las cuales posee información caudalosa.

Ningún español ha escrito en francés con tanto conocimiento y penetración sobre la novela, desde Rousseau a Mauriac, como Pemartín en *Le roman français moderne*. La crítica tiene en él, allí y en otros ensayos, esa amplitud que no se estaciona en la filología, sino que abarca todo, incluso la vida social y el ambiente del escritor juzgado, para constituirse en una guía del lector. El saber filosófico viene también en ayuda del crítico ampliando el campo de su visión y haciendo más penetrantes sus ojos, más clara la luz con que ve y con que ilumina lo visto.

Pero en seguida encontramos a Pemartín metiendo baza con los filósofos y aupándose con ellos hasta los más altos problemas especulativos, especialmente aquellos en que la doble formación física y metafísica le sirve para subir con soltura a cumbres de tanto riesgo. Así, por ejemplo, la *Introducción a una filosofía de lo temporal*, formada por doce lecciones sobre espacio, tiempo y causalidad, o *La ontología de lo temporal y la ciencia actual*.

La avidez intelectual, la inquietud de una mente sedienta de verdad, clara y cultivada, la advierte en toda obra de Pemartín cualquier lector culto. Como también su capacidad de ideación y la amplitud nada común de sus conocimientos. Si algo daña su personalidad como intelectual, es alguna vez la forma en que los expone y, por otra parte, la naturaleza moral del autor, su talante psíquico y su conducta; no se alarme el lector.

Pemartín ha escrito en *Acción Española* y en otras publicaciones ensayos de prosa limpia y vivaz. Claridad, espontaneidad, una cierta vehemencia que guarda el decoro sin pagarse de afeites; algo grato, en suma, para los espíritus que rechazan el amaneramiento preciosista. Este amaneramiento es un vicio que malogra en ocasiones la prosa; pero también lo es soltar la brida en demasia y galopar con

desenfreno. La despreocupación por la forma literaria equivale en la vida social a la desenvoltura de un caballero distinguido. Es como el ademán sencillo, sobrio, no afectado. Ahora que la sencillez no excusa ciertas familiaridades.

Tal despreocupación, que a veces se advierte en sus escritos, proviene de ser Pemartín un hombre cabal y de una pieza; lo que Fernando del Pulgar llamaba al maestro de Santiago don Juan Pacheco: «omme esencial que no curaba de apariencias ni de cirimonias infladas». Verdad es que resulta consolador descubrir algún puro amante de la verdad esencial entre la muchedumbre de curadores de apariencias y ceremoniosos inflados. Por otra parte, tampoco puede olvidarse su habitual comercio con los grandes escritores franceses e ingleses, que da a su viva prosa un acento y un léxico bien despreocupados del consabido casticismo.

El talante psicológico de Pemartín, a que antes me refería, es de una bondad tan elemental y humilde, que le hace del todo incompatible con el minimum de pose que necesita para representar en España —y digo España porque es lo que conozco— el papel de intelectual. Y es que no se puede ser intelectual así como así. El examen de cómo hay que serlo sería largo; pero baste decir que abundan con exceso individuos y grupos de profesionales de la inteligencia, de todos los matices, que ejercen su profesión con una suficiencia farisaica y aborrecible. Cuando, por el contrario, la sencillez radica en la misma naturaleza y es de movimientos primeros, sin estudio ni preocupación alguna, el intelectual pagará caro su despego. Pemartín pesaría lo que merece si no fuese porque es un niño, como aconseja el Evangelio, y porque lleva un sombrero que parece que alguien se ha dejado olvidado precisamente encima de su cabeza.

La Revolución

En el discurso de recepción, los fundamentos de la contrarrevolución están estudiados sobre los cimientos de una idea de la revolución. Se desarrolla un concepto de gran alcance en la historia y en la filosofía de la cultura.

Es de extraordinario interés para el hombre católico poseer con nitidez una explicación de la palabra revolución que sea profunda y ortodoxa. Pemartín hace un meritorio esfuerzo por explicarla filosóficamente, ampliando su disertación de hace algunos años en que ya quedaba esbozado su pensamiento.

La pesquisa, repito, tiene un carácter filosófico. El autor es no sólo creyente, sino hasta tal punto piadoso, que termina su discurso invocando a la Virgen María con el fervor de un poeta primitivo.

Sin embargo, no ha escrito unas páginas de teología de la revolución.

Puede tenerse una visión teológica del fenómeno, elaborada con conceptos de tal naturaleza. La tiene, por ejemplo, Donoso cuando define profundamente la revolución como «el último término adonde ha llegado el orgullo» (1). Hay aquí algo implícito: la acción destructora de la revolución. Pero esa acción, que se sobreentiende, está desencadenada por el orgullo, el cual aparece empleado en la definición, más que en el sentido psicológico de pasión, en el teológico de concupiscencia: de la tercera de las concupiscencias

(1) *Obras Completas*: vol. II, pág. 824.

EL BIELDO Y LA CRIBA

que enumera San Juan en el trascendental pasaje de su primera carta (II, 16). Al decir orgullo, dice, pues, Donoso que la revolución es el último término a que llega ese espíritu de independencia que lleva al hombre a substraerse a la autoridad de Dios o de sus representantes (2). Es decir, explica teológicamente lo que es la revolución.

En cambio, el esfuerzo de Pemartín es filosófico y está realizado con materiales modernos; lo que a mi juicio es una manera eficaz de hacer comprender el concepto de revolución a la mente del hombre actual, que desdeña, con su formación secular, los conceptos teológicos, y frecuentemente aun tratándose de católicos de fe viva y sincera.

Según Pemartín, las notas profundas de la revolución son «alteración del ritmo histórico y subversión del orden establecido». Para bosquejar lo que la revolución altera y subvierte, el pensador comienza por sentar que los elementos fundamentales de lo funcional, de lo orgánico son: «desarrollo temporal y substancialidad jerarquizada». ¿En qué idea apoyarse para desarrollar esta otra? El nuevo académico escogió como base la idea de cultura. Cultura «como entidad histórica colectiva, substancial, cerrada, independiente, por decirlo así, vegetativa, caracterizada por una actitud *comunitaria*, bien definida y determinada, ante la religiosidad, la naturaleza, el saber, el arte y la política; o sea el conjunto de las actividades específicamente humanas, incluidas en un ciclo histórico evolutivo, definido en el tiempo y en el espacio».

He aquí, pues, una filosofía de la revolución asentada en la filosofía de la cultura.

Pemartín es relativista del relativismo cultural. Admite la relatividad de las culturas, pero postula una tendencia hacia la unidad y la universalidad. El desarrollo de una cultura ofrece las características de un proceso orgánico en que las partes tienen vitalidad y funciones propias. Esta ley es formalmente idéntica para todas las culturas, cuyos factores unificadores —religiosidad, saber, arte, política— pueden llamarse «sus más altos elementos categoriales». Cuando estos elementos se disgregan, sobreviene la descomposición de la cultura. Pues bien, *este fenómeno de disolución de la cultura es esencialmente la revolución*.

Para Pemartín, vivimos hoy la última de las revoluciones, la disolución de la cultura de occidente.

¿Qué ha ocurrido para llegar a este trance?

La breve síntesis que esboza al indagarlo sirve al pensador tanto para esclarecer las causas de la presente situación histórica como para iluminar de nuevo el concepto de revolución.

La descomposición de la cultura o revolución a que hoy asistimos ha tenido tres etapas: revolución religiosa, revolución filosófica y revolución políticosocial. Las dos primeras están unidas, pues en la Edad Media religión y filosofía lo estaban en tal grado que cuanto afectase a una afectaría

a la otra. Reforma o revolución religiosa anticipada ya en actitudes religiosas y filosóficas como las de Occam, y seguida de la revolución filosófica o predominio del idealismo racionalista. Nietzsche lo ha dicho: «Descartes, padre del racionalismo, abuelo de la revolución.» La Razón lucha con la Tradición histórica contra el caudal legado por los siglos, con la pretensión de secarlo y hacer un mundo nuevo. «La abstracción intenta sublevarse contra lo concreto», dirá Ortega y Gasset. La revolución política es esto. Tra-sunto y aplicación de la transformación de las creencias y de las ideas. «Al reino del príncipe se le substituye por el reino del principio», concluye Pemartín.

Una de sus visiones más originales es la que le hace comparar el principio creador de las instituciones políticas y sociales de la cultura occidental con la «forma» aristotélica, y el principio desintegrador con la «idea» platónica. La primera es determinante y perfectiva, concurre a constituir la substancia y es la realidad captada por el entendimiento. Pues bien, en el orden jurídicosocial y político de la cultura, se va también, como en el realismo aristotélico, de las cosas al pensamiento. Pero la revolución procede, inversamente, del pensamiento a las cosas. Son las ideas y no las cosas las verdaderamente eternas y existentes, según el pensamiento platónico. Del mismo modo, en la revolución se procede del pensamiento a las cosas; es aquél y no éstas lo que interesa de verdad a los hombres.

Así puede llegarse otra vez al concepto de revolución: *destrucción de la formación temporal histórica por los apriorismos temporales idealistas*.

Pemartín subraya que las instituciones integradoras de la cultura se desarrollan en un tiempo; y «el tiempo no perdona a los que no cuentan con él», canta un verso perdurable. La revolución es «ucrónica»: niega la realidad del tiempo y proclama la subitaneidad de la acción histórica. Mas, en realidad, es ahistórica y al destruir el pasado no crea un futuro.

Pero si la Revolución anula una Cultura, ¿será posible una contrarrevolución? ¿No hay en el mero planteamiento una insoluble contradicción?

Sobre la posibilidad y los fundamentos de esa acción revivificante versa la última parte de la disertación.

Antes de examinarla, debo añadir otra breve observación. Pemartín es un pensador cristiano que utiliza la filosofía moderna de la cultura, y concretamente la spengleriana a modo de metodología para elaborar un concepto filosófico de Revolución que, por una parte, sea plenamente moderno y se asista de algunas manifestaciones del pensamiento consideradas como más actuales, y, por otra, descubra las entrañas cruentas del tema y permita comprobar lo que hay de exacto y de irrevocable en el pensamiento contrarrevolucionario, en ese pensamiento que contempla religiosamente la revolución como un abismo grande, enigmático, en cuyo seno obscuro se agitan todos los problemas del ser humano.

J. L. Vázquez Doderó

(2) Vid. Tanquerey: *Théologie ascétique et mystique*, pág. 141.

LA CRUZADA DE OCCIDENTE

ESPOLETA

Hoy, 11 de abril de 1951, nos llega la noticia de que, por decisión del Presidente Truman, ha sido destituido de todas sus funciones de mando en Oriente, el general norteamericano Douglas Mac Arthur.

Para nosotros, este hecho constituye, más que una sorpresa, una confirmación, y además, lo interpretamos como signo indudable de que ha llegado el momento de provocar la explosión de «verdad» que el mundo necesita para encontrar sentido a la interminable sucesión de inconcebibles experiencias que han sido el exponente de la política internacional durante estos últimos cincuenta años. El general Douglas Mac Arthur nos sirve de espoleta. Veamos cómo.

La efemérides puede desgranarse en la siguiente forma: El general Mac Arthur, destacado por la guerra anterior, es designado, por razón de los hechos y por peso específico, para la misión político-representativa de encarnar una política americana en el Lejano Oriente. Esta política es la misma que el binomio Roosevelt-Truman, y durante estos últimos cincuenta años ha servido para dividir en fondo y forma los dos campos políticos americanos. La llamaremos política del Pacífico, o republicano-aislacionista, para diferenciarla de la política del Atlántico, patrimonial de los demócratas intervencionistas.

Mac Arthur fué designado, por ley de gravitación, como necesidad prestigiante y como satisfacción dada a los republicanos, en un escenario que se consideraba prácticamente apaciguado.

La guerra de Corea vino a romper la paz de «la paz del Pacífico» y, sobre todo, vino a dar forma activa a un mando republicano, destinado por los demócratas a una misión pasiva.

La política democrática no tuvo más remedio que aceptar de momento lo inevitable, y seguir en Oriente la trayectoria de un general que, obedeciendo las leyes invariables de una política tradicional, llamaba las cosas por su nombre, entendiéndolo poco de «apaciguamientos» y mucho de paz y de guerra.

No es misión de este escrito venir a reseñar el curso de los episodios que han dado forma de absurdo a esta llamada guerra de Corea. En manos de todos está el reconstruir este corto período lleno de incomprensibles reacciones. Para el fin que perseguimos nos basta referirnos a los hechos concretos que han determinado la «necesidad» de relevar de su mando al general.

Siguiendo las leyes de una táctica masónica muy conocida, se ha conseguido fácilmente que el general se hiciera incompatible con el cargo que se le había confiado, y para ello se ha empezado por hacer que el cargo fuese inaceptable para el general. Veamos cómo.

Es buen principio y mejor ley, el que la función política y la militar tengan cada una su propio campo, unidas tan sólo por el mandato ineludible del bien común. Es por tanto razonable que cuando un general, desentendiéndose de su misión invade el campo de la política, sea inmediatamente sustituido. Siendo así que el general Mac Arthur, en el curso de estos últimos tiempos, ha hecho públicas y reiteradas transgresiones a esta ley que afirmamos buena, es justo que el Presidente Truman lo destituya, por haber desbordado, con sus manifestaciones, el campo limitado a su acción militar. Las cosas puestas así, sirven de argumento a la propaganda democrática para lanzar al vuelo sus campanas, y a la política democrática para seguir el curso de sus tortuosas maquinaciones.

Este es el anverso. Veamos el reverso. Tal y como decimos antes, es maniobra masónica crear la ocasión y el ladrón para, con este argumento, poder especular libremente. También hemos dicho que la guerra y la política tienen cada una una especial función, que deslinda los campos distintos de sus distintas actividades. Los militares no deben intervenir en política, pero los políticos no deben inmiscuirse en problemas de fondo y forma militares.

La maniobra para desplazar con Mac Arthur la política republicana del Pacífico, no podía ser más absurda. Mediante la ONU y el paralelo 38, no sólo se ha limitado la acción del mando militar, sino que se ha logrado construir el absurdo de una guerra sin misión ni objetivo conocidos. Pero además, y esto colma la

medida de lo que se podía fantasear en el estricto sentido militar, se ha limitado al ejército aliado, no sólo la dirección, sino el alcance de sus golpes.

No podemos resistir a la tentación, tratándose de un conflicto americano, de buscar una figura fuertemente expresiva de la situación. Sería difícil que pudiéramos aceptar el combate de un pugilista a quien se hubiese impuesto la condición previa de limitar sus golpes a una distancia máxima de 30 centímetros, dejando al adversario plena libertad de movimientos.

Esto no es razonable y Mac Arthur no podía aceptarlo, no sólo por lo absurdo de la concepción, sino porque significa una clara invasión de la política en el campo de los más irrenunciables principios militares.

La política «de fondo» demócrata ha conseguido, con este desplazamiento, libertad de manos para disponer a su antojo del último baluarte en el que se escudaban los últimos representantes de las teorías ortodoxas de Occidente.

Esta es la dramática conclusión a que hemos llegado cuantos seguimos con crispada atención desde hace muchos años la trágica extensión del accidente que vive el mundo, tratando de entender y describir la trama de mentira que sirve a los ofiántes del mal para desintegrar la civilización cristiana del mundo.

Con este escrito pretendemos comprimir en poco sitio un extenso argumento a fin de, aprovechando la espoleta de Mac Arthur, tratar de hacer estallar las pólvoras de la Verdad, haciendo que algo de esta luz que hemos tratado de condensar, se extienda por el mundo consciente antes de que sea demasiado tarde.

La destitución de este general no es un mero accidente. El Señor había concentrado en él demasiadas coincidencias para que su destino pudiese ser considerado intrascendente. Junto a él y alrededor suyo, confluyen demasiados intereses políticos y económicos, e incluso religiosos, para que su desplazamiento del centro de gravedad de la política del Pacífico fuese un hecho sin consecuencias.

Creemos firmemente que este paso decisivo de las fuerzas del mal ha sido dado por razones de fondo. Tenemos la certeza que con esta destitución da fin una etapa, y con esto y así, da comienzo una nueva fase de la estrategia del mal. Vamos a tratar de describir cómo entendemos nosotros lo que fué y puede ser esta estrategia.

Truman, representante masónico de la democracia americana, es continuidad y fué lugarteniente de Roosevelt, el hombre que heredó de la crisis económica del 29 la misión demagógica de dar entrada en América a las teorías y los organismos socialcomunistas que Europa engendró. De quién y cómo se originó la crisis del 29 se sabe poco: si se pudiera investigar más, se habría dado un gran paso en el esclarecimiento de las razones de fondo que dan la pauta a estos movimientos, misteriosos e incomprensibles, de la política de estos últimos tiempos.

Roosevelt fué instrumento de una política internacional originada en Inglaterra hace dos siglos, y que viene desgranando su argumento desintegrante en forma serena y precisa.

Europa fué el escenario anterior en el que Inglaterra, al servicio de esta política y cumpliendo consignas severas, fué paulatina y sucesivamente destruyendo y desintegrando cuantos valores morales y materiales, de orden y ley católicos, formaban lo que entonces se llamaba orden cristiano.

Inglaterra sigue hoy día cumpliendo esta misma misión en el escenario ampliado del mundo.

Es ya tiempo de entender esto si queremos entender lo demás.

Pasemos, aunque sea rápidamente, una ojeada sobre el sentido de ciertos acontecimientos trascendentales que marcan, a nuestra manera de ver, la estela de una clara trayectoria.

Se achaca ahora a los laboristas ingleses toda la responsabilidad de lo que se viene en llamar política socialista inglesa.

Nosotros entendemos que en Inglaterra es muy posible que su política interior se resienta ahora de ciertas iniciativas avanzadas de sus laboristas gobernantes. Esto nos interesa poco y creemos que es tiempo de que en aquel país se presenten estos

ACTUALIDAD

accidentes sociales, que en Europa han sido epidemias cíclicas. En Inglaterra la política interior es consecuencia (o por lo menos lo ha sido en estas dos últimas centurias) de su política exterior. Vamos a hablar ahora de esta política exterior de Inglaterra tratando de entender algunos de sus más inexplicables contrasentidos.

La política exterior inglesa la entendía desgraciadamente Europa cuando América todavía no existía como factor activo en el concierto internacional. La guerra del 14, emancipando a los Estados Unidos, otorgó a América su condición de mayoría de edad. Pero antes de esto, y cuando todavía América titubeaba en sus primeros pasos wilsonianos, ya Inglaterra, fiel a su tradicional política exterior desintegrante, había puesto los primeros jalones de su nueva misión extraeuropea de desintegración del mundo.

La ley de Balfour, dando entrada a Israel en el mundo, fué una primera e inequívoca manifestación de la nueva y más amplia perspectiva de una misma política exterior.

Los hechos que siguieron fueron, y siguen siendo, un misterio que no pudieron entender las gentes habituadas al orden ancestral cristiano de una Europa consciente.

La paz de entonces ya fué una extraña paz.

La desarticulación del maravilloso mecanismo del Imperio austrohúngaro, obtenido en el crisol del tiempo por decantación paciente y cuidadosa, fué el segundo hachazo dado en el viejo tronco cristiano de Occidente.

El corredor de Dantzing sirvió para instaurar la teoría del equilibrio del desequilibrio.

La Revolución rusa y la condescendiente apatía de los ingleses, fué la obra maestra de esta política exterior, que consideramos nosotros como fuente o expresión de la estrategia del mal.

El escenario ampliado de la política inglesa dió entrada a nuevos figurantes, destacándose en el fondo de nuevas e importantes decoraciones. Con América y Roosevelt, la política inglesa improvisó un nuevo argumento para el segundo acto de esta trágica representación. El acto iba a llamarse: Los dos océanos.

Inglaterra entró en la política americana sin poder sustraerse, al principio, a ciertos movimientos de inadaptación. La vasta dimensión de estos nuevos horizontes y la pujanza y violento impulso de la joven América, hicieron que, en estos primeros contactos, la vieja política inglesa quedase algo rezagada y jadeante. Después y lentamente, fué entrando en acción.

Teherán, Yalta y Postdam, fueron saltos y galopes de esta joven política, aunque siempre seguidos y controlados por la atenta mirada y firme pulso de los viejos y duchos conductores.

La política exterior, que llamamos inglesa, ha sido y sigue siendo la que traza las grandes líneas del destino del mundo. Fueron de inspiración y fondo ingleses todos los movimientos trascendentales.

La última guerra tiene un inconfundible sello inglés. No fueron los laboristas quienes hicieron la guerra ni forjaron la paz. Fueron conservadores los políticos que pactaron con Rusia, aun después de Stalingrado, cuando el ejército alemán mellado y su Führer prácticamente vencido hacían innecesaria una tan abnegada y peligrosa colaboración. Los laboristas recogieron la herencia internacional de la política inglesa y la han seguido y la siguen sin desviarse un tilde.

Esta política inaudita que produjo Dantzing es la misma del paralelo 38, del corredor de Berlín, de la transigencia con los Estados satélites. Es la misma que admite la ejecución del general Mikailowith, el proceso de Nuremberg, la defenestración de Praga, la condena del Cardenal Midszensky y que ahora consigue la destitución de Mac Arthur.

Esta política actúa dentro de la órbita de lo que venimos en llamar «política del Atlántico americana» y tiene su sede ahora en el partido demócrata, destacando hombres como Roosevelt y Truman, capaces de llegar hasta donde sea necesario para cumplir las consignas que esta política va dictando.

Sólo así puede concebirse Yalta y Postdam. Existe continuidad en el proceso ininterrumpido de desintegración. Las distintas fases de esta profunda y subterránea política, llevan la acción a diferentes escenarios.

Todavía sigue en el poder el equipo filocomunista de Roosevelt pese al sacrificio de alguno de sus personajes secundarios ante el mar de fondo de la inquietud del pueblo americano. Siguen los mismos hombres pesando, sucesiva y fuertemente, en las distintas palancas que mandan los movimientos de fondo en los distintos países.

Lo del reconocimiento y establecimiento forzado de Israel a

que hemos asistido últimamente, es etapa americana de la misma política inglesa de Balfour.

La entrega de Europa a Rusia es gestión americana en continuidad fidelísima de la política antieuropea de Churchill.

Lo que ahora sucede es rigurosamente igual a lo que Hitler denunció, con la sola diferencia que entonces tenía remedio el mal, prescindiendo de Hitler y de la Alemania nazi, pues, como antes hemos dicho, hubo un momento en que el ejército alemán, todavía en pie, hubiese saltado el obstáculo de la dictadura si Inglaterra o América le hubiesen hecho la menor indicación.

No sólo no se produjo este gesto elemental de política consciente, sino que se activó y amplió el ya innecesario compromiso con Rusia.

El mundo asistió con un gesto de estupor a esta forma de «apaciguamiento», que consistía en poner a los rusos en los puntos clave del dominio de Europa.

¡Berlín, Praga y Viena! entregadas a los rusos con un gesto de alegre inconsciencia. ¡Dos mil años de historia y civilización malvendidos a Rusia!

Pues bien, los mismos equipos siguen en el poder y pese a las apariencias de rectificación de una política de depuración anti-comunista y al proceso del rearme, siguen desintegrando tanto como pueden y lo más que pueden mediante sabias y bien articuladas medidas.

Van siempre al fondo de la cuestión. Van contra la Roma Católica que es arte y ley de la Cristiandad. La atacan donde pueden y como pueden, destruyendo en Polonia y Praga sus baluartes naturales, y buscando la manera de mitigar en Tokio el auge de esta influencia católica que, bajo la política moderada y conservadora de Mac Arthur y sus republicanos, iba rápidamente ganando terreno.

Son muchas las coincidencias, pero no queremos silenciar la más destacada. La bomba atómica que Truman ordenó utilizar fué a caer sobre Iroshima, el centro católico más importante del Japón. Son también de actualidad y muy recientes las declaraciones de un Almirante americano proyectando su luz sobre las gestiones oficiosas y oficiales del Japón cerca de destacadas jerarquías de la Iglesia católica para gestionar la rendición. La negativa de Truman bajo el pretexto de que una gestión católica sería mal recibida en América, es a nuestra manera de ver claramente expresiva.

Entendemos que la medida de Truman de acabar con la ya incompatible actitud de Mac Arthur, viene ampliamente justificada. Con esta sustitución los moderados republicanos y los católicos pierden una importantísima posición política.

La «política del Pacífico» pasa así a manos democráticas, y la influencia de este hecho trascendente no puede menos que dejarse sentir. Lo que no es tan probable es que este hecho se produzca sin que la discrepancia entre los partidos americanos se acentúe grandemente, y precisamente en momentos en los que una unidad de criterio y de acción parecen más que nunca aconsejables.

Esta activación de la discrepancia política americana, es la mejor noticia que se podría dar a los rusos y, aunque parezca inconcebible, ha sido y es noticia grata a los ingleses, que han sido quienes, basándose en el pretexto (siempre hay un pretexto) de la política laborista, se han agitado cuanto han podido para forzar la mano de Truman y vencer su timidez política.

El drama del mundo va tomando con esto perfiles cada vez más acentuados. Cada vez va siendo más difícil continuar mintiendo razones de fondo para ajustarse a transigencias de forma. La misma Inglaterra vive, a causa de este mismo disparate de su propia política, momentos graves. La presión aumenta en todos sitios a la vez y cada vez resulta más difícil localizar el conflicto.

Vemos la guerra con infinita tristeza por cuanto sabemos que el enemigo más peligroso no es el que tenemos enfrente.

La forma alborotada de esta algarabía comunista atrae necesariamente la atención de las gentes y, sin embargo, a nosotros nos preocupa tanto como esto, y más que esto, la razón y sentido de esta política de fondo, que dentro de nuestros propios organismos occidentales va minando el terreno, destruyendo sus defensas para ofrecer un mundo desintegrado e inerte a las fuerzas victoriosas del mal.

Quisiéramos, y así lo pedimos al Señor, que este acto decisivo de la destitución del general Mac Arthur sirva para dar luz a quien todavía no ve, y que, gracias a esta luz de Verdad, el mundo encuentre la guía de una mejor y más cristiana perspectiva.

13 de abril de 1951.

C.

DE LA QUINCENA RELIGIOSA

EL DISCURSO DEL PAPA A LOS ASISTENTES AL «CONGRESO UNIVERSAL PARA UNA CONFEDERACIÓN MUNDIAL»

En otro lugar de este mismo número aparece íntegro el discurso de Su Santidad a un grupo de participantes en el Congreso Mundial para una Confederación Universal. Llamamos la atención de nuestros lectores hacia ese discurso, por lo mismo que lo consideramos sobremedida aleccionador en las presentes circunstancias.

Doquier surgen iniciativas para una organización pacífica del mundo, sobre cuya buena intención no siempre es lícito, por desgracia, formular un juicio igualmente favorable —piense el lector, por ejemplo, en el Congreso de los partidarios de la paz en Varsovia, que dió origen al interesante cruce de cartas entre Joliot-Curie y Mons. Montini—. Prescindiendo de toda intencionalidad moral, el hecho tiene una explicación lógica y sencilla. La inestabilidad presente y la idea de un futuro, que, como fruto de esa inestabilidad, se anuncia enigmáticamente angustioso, despiertan en la conciencia de quienes se sienten responsables, la necesidad de excogitar alguna solución que permita volver los ojos al porvenir con cierto optimismo. Pero, los buenos propósitos no son, de suyo, garantía de acierto. Este sólo puede darse partiendo en semejante orden de cosas, del verdadero concepto del hombre y de la sociedad, que entraña la verdad hecha patente por Su Santidad en el párrafo que sigue, tomado del susodicho discurso: "De hecho ninguna organización del mundo podrá ser viable si no se armoniza con el conjunto de las relaciones naturales, con el orden normal y orgánico que rige los destinos particulares de los hombres y de los diversos pueblos."

Los miembros del Congreso a los que el Papa dirige su palabra, entienden que la idea de una Confederación Universal, puede ser la adecuada para sentar sobre ella la organización pacífica de los pueblos. Nadie dudará de que tal idea sea digna de atención y estima. Ahora bien; dicha idea se verá condenada irremediablemente al fracaso, mientras se admita que el individuo es simplemente, en el orden nacional y constitucional, un número más en el agregado inorgánico de los electores, en el económico y social un mero factor cuantitativo de la suma de la producción y en el dominio de la cultura y de la moral, un ser desligado "de todas las reglas, de todos los valores objetivos y sociales".

Las palabras de Su Santidad ponen, una vez más, al descubierto la esencia íntima de los problemas que angustian hoy al mundo.

LA XI SEMANA SOCIAL

Conforme anunciábamos en nuestra pasada crónica, del 16 al 22 de abril, han tenido lugar en Barcelona

las sesiones de la XI Semana Social. Al nombre de Semana Social, va unido en España el recuerdo de los primeros esfuerzos realizados de un modo sistemático, para despertar en nuestra Patria el afán de proyectar la luz de las enseñanzas de la Iglesia sobre las gravísimas cuestiones sociales. La Semana Social evoca la memoria de grandes figuras del Catolicismo militante: el sabio obispo de Vich Dr. Torras y Bages, Vázquez de Mella, Severiano Aznar... Todo ello habla, de consiguiente, de la importancia que reviste semejante institución. La Semana Social no pretende, empero, aportar de un modo concreto soluciones, sino más bien ofrecer una seria base de estudio de la que, en su día, puedan aquellas extraerse. Así la que comentamos y que ha versado, como dijimos, sobre "Problemas de la Clase Media". A lo largo de las distintas lecciones y conferencias, se ha puesto ciertamente de manifiesto la dificultad de precisar con exactitud un concepto como el de clase media, cuyo centro de gravedad fluctúa inestable merced a la desorganización social de nuestros tiempos. Esta dificultad, unida a los fines, no de índole práctica inmediata, que según hemos subrayado, persigue la Semana Social, acaso hayan conferido a las sesiones un matiz con preferencia teorizante. Pero no cabe dudar de que los puntos de vista y las ideas sugeridas en la Semana, constituirán un estimable punto de apoyo, para cuantos Hevados del nobilísimo afán de contribuir al reajuste de la sociedad moderna, dediquen sus trabajos al estudio de tan interesante problema como el de la clase media. Las sesiones se celebraron bajo la presidencia del Excmo. y Revdmo. Fray Albino González Menéndez-Reigada, O. P., Obispo de Córdoba. Por medio de una carta del Substituto de la Secretaría de Estado, Mons. Montini, Su Santidad se dignó enviar a la Semana Social su apostólica bendición. De dicha carta son los interesantísimos párrafos que siguen:

"La nota propia de esta clase es la independencia económica, mediante la cual le es posible asegurar la estabilidad social y la producción de bienes, formando así una feliz armonía entre el trabajo personal y la propiedad privada. Con el esfuerzo y labor propios, el hombre de clase media conserva su autonomía y su dignidad sin tener que mendigar su sustento; con los bienes privados realiza una sana y justa división de la propiedad, que así retiene el carácter de responsabilidad, sin que caiga en formas de colectivismo anónimo, conservando su verdadera función de columna del orden social.

"Pero una serie de circunstancias, principalmente en estos últimos tiempos, han conducido, a causa de la evolución económica, a fuertes concentraciones de bienes, rompiendo el equilibrio antes mencionado. Estas razones y otras que podrían enumerarse, como la inflación tan

contraria al espíritu de ahorro y las excesivas cargas fiscales, han producido en la clase media, dificultades y trastornos que urge remediar."

LA ASAMBLEA DEL EPISCOPADO FRANCÉS

Al término de las conversaciones sostenidas en la Asamblea Plenaria de los días 3 y 4 en el Instituto Católico de París, los Obispos de Francia han hecho pública una declaración, que comienza del modo siguiente: "Hondamente preocupados por los problemas que plantea hoy la educación cristiana de la juventud y, señaladamente las dificultades en que se debate heroicamente nuestra enseñanza libre, nosotros, obispos de Francia, reunidos en Asamblea Plenaria en París, el 4 de abril de 1951, estimamos obligación de nuestro cargo pastoral el dar a conocer nuestro parecer a ese respecto, parecer que es unánime."

Los Prelados franceses manifiestan que hablan a la luz del misterio perenne de la Iglesia, al que han hecho constante referencia las diversas declaraciones de las Asambleas de Cardenales y Arzobispos y cuyas proposiciones fundamentales, en este aspecto concreto de la enseñanza, quedan formuladas integralmente en la Encíclica de Pío XI acerca de la educación cristiana de 31 de diciembre de 1929. Véanse expuestos a continuación los puntos capitales de la declaración que nos ocupa.

"El cristianismo, dicen los Prelados, no se reduce a un conjunto de prácticas ni tampoco a una enseñanza que queda al margen del resto de la vida. El cristianismo es esencialmente luz y vida. El cristiano que realiza plenamente su fe ha de querer normalmente, así para sus hijos como para sí mismo, que esa luz y esa vida penetren todas sus actividades... Como decía Pío XI: Es necesario que toda la enseñanza, la ordenación toda de la escuela, personal, programas y libros, en toda clase de disciplinas, sean regidas por un espíritu verdaderamente cristiano. "El deber de confiarle los hijos que impone la Iglesia a los padres, resulta entonces de la misma lógica de la fe", subrayan los Obispos.

¿Pueden los católicos, se preguntan después los Obispos, ejercer en la realidad, el derecho que la ley les reconoce, de escoger la escuela que estimen más apropiada para la formación cristiana de sus hijos? En muchísimos casos, el ejercicio de semejante derecho es prácticamente imposible. "Destituídos de toda ayuda económica, los padres no pueden mandar a sus hijos a la escuela no oficial, sino al precio de exorbitantes sacrificios." Este es el primero de los dos grandes problemas por cuya pronta y justa solución elevan su voz los Prelados franceses. El segundo de ellos viene constituido por el peligro que para la formación cristiana de los niños entraña su asistencia a las escuelas públicas. "Esta libertad de conciencia, que pide la libertad efectiva de

ACTUALIDAD

la escuela cristiana, no la reivindicamos menos —y lo decimos con especial empeño— para la multitud de niños católicos que frecuentan los establecimientos públicos." En este terreno de la enseñanza oficial, los padres han de velar ante todo para que la neutralidad de la escuela sea realmente respetada, con el fin de que la fe del niño no sufra ningún riesgo de perderse, pero deben además asegurar, ya sea por sí mismos o utilizando las organizaciones creadas al efecto, la formación religiosa del niño. ¿La ley de 28 de marzo de 1882 —preguntan los Obispos—, al prevenir que "las escuelas primarias oficiales, vacarán un día entre semana, no mira precisamente a permitir a los padres el cumplimiento de esos deberes? De ahí que resulte tan penoso el contraste entre las favorables condiciones de los alumnos de los grandes colegios y liceos y las que se imponen a los de las escuelas primarias y de tantas escuelas técnicas, colegios modernos y cursos suplementarios.

Los Obispos terminan su declaración con un llamamiento para que se establezcan las bases de una paz sincera respetuosa con todas las creencias leales. "Nada —dicen, sería tan doloroso para nosotros, como el vernos forzados a contatar que se rehusa responder a nuestra ardiente y cordial llamada."

PROYECTO DE LEY SOBRE LAS MINORÍAS RELIGIOSAS EN SUECIA

El Ministro de Justicia sueco ha presentado al Gobierno un proyecto de ley referente a las minorías

religiosas. El proyecto tiende en lo esencial a la abolición de antiguas medidas que establecen un trato injustamente desigual para los católicos respecto a la religión oficial del Estado, que es, como se sabe, el Luteranismo. En 1593 se prohibió en Suecia, bajo la amenaza de gravísimas penas, la práctica de la religión católica. Estas penas, que desde 1781 no afectaban a los extranjeros emigrados, fueron derogadas para los ciudadanos suecos sólo en 1860. Nuevas disposiciones mejoraron en 1870-1873 la condición de los católicos, pero no hasta el extremo de colocarles en un pie de igualdad con relación a los luteranos, ya que todavía hoy no pueden desempeñar cargos de gobierno ni ejercer funciones docentes en las escuelas oficiales. Los católicos han de pagar además un impuesto para la Iglesia luterana y las órdenes religiosas no tienen permiso oficial para proceder a la apertura de casas en el territorio sueco. Por el nuevo proyecto se reconoce a los ministros del Culto de los grupos religiosos no pertenecientes a la Iglesia luterana, la calidad de oficiales del estado civil, se les autoriza a bendecir los matrimonios civilmente reconocidos y a llevar registros de bautismo y matrimonio con validez oficial. Es probable que se deroguen las medidas prohibitivas referentes a la imposibilidad de desempeñar cargos oficiales por parte de los católicos y a la no autorización para el establecimiento de casas religiosas.

La minoría católica de Suecia es muy reducida, pues apenas si cuenta con 6.000 miembros a los cuales han de unirse unos 5.000 emigrados

de los países bálticos y de Polonia, que huyendo de la dominación soviética llegaron allá por medio de la Cruz Roja.

LOS OBISPOS IRLANDESES CONDENAN UN PROYECTO DEL MINISTERIO DE SANIDAD DE SU PAÍS

La oposición del Episcopado irlandés a un proyecto preparado por el ministro de Sanidad, ha provocado la dimisión de éste. Este proyecto confería al Estado para el cuidado de la salud de los niños, atribuciones que a juicio de los Obispos estaban en directa oposición con los derechos del individuo y de la familia y que podían por lo mismo conducir a graves abusos. El ministro de Sanidad autor del proyecto ha hecho constar al dimitir que no sólo aceptaba como católico las directrices de los Obispos, sino que en el presente caso, estaba plenamente de acuerdo con las sugerencias de aquéllos.

LA VISITA DE LA PRINCESA ISABEL DE INGLATERRA A SU SANTIDAD

Acontecimiento notable de la quincena religiosa ha sido la visita efectuada por la Princesa Isabel, heredera del trono de Inglaterra y de su esposo, el duque de Edimburgo, a Su Santidad al Papa. Su Santidad recibió a los duques de Edimburgo en su biblioteca privada y se entretuvo en afectuosa conversación con ellos, por espacio de veinte minutos. La princesa Isabel y su esposo, fueron obsequiados por Su Santidad con una medalla de oro, en recuerdo de su visita.

HIMMANU-HEL

DE LA QUINCENA POLITICA

LEYENDO Y BRUJULEANDO

La clave de la disputa. - Moscú da órdenes a Mac Arthur. - Mac Arthur destituido. - ¿Fuerzas secretas? - Indecisión y silencio. - «El objeto de la guerra es la victoria». - ¿Quién gobierna los Estados Unidos? - ¡Así va el mundo!

Del 6 al 10 de abril

LA CLAVE DE LA DISPUTA

Nuestra crónica anterior se cerraba con la angustia de un interrogante: ¿Qué se prepara contra Mac Arthur? Y decimos angustia, porque en el fondo de la divergencia fundamental que existe entre el punto de vista del general con el mantenimiento por el Gobierno de Washington, por lo que a los problemas de Extremo Oriente se refiere, se adivina una extraña imprecisión de los dirigentes políticos estadounidenses sobre el desarrollo y los objetivos de su llamada actuación anticomunista, así como de los límites que están dispuestos a alcanzar para hacer efectiva su consigna de defensa de los pueblos contra toda agresión soviética; defensa que, por otra parte, viene determi-

nada obligatoriamente por la propia Carta fundacional de la Organización de las Naciones Unidas.

Todas estas cuestiones parecen constituir la verdadera clave de la actual disputa entre Washington y Tokio, y por las noticias que nos llegan de aquella capital, la crisis existente como consecuencia de la firme posición adoptada por Mac Arthur está muy próximo a estallar, con la adopción por parte del Presidente de los Estados Unidos de una extrema y al mismo tiempo delicada decisión.

Leemos en "El Correo Catalán", en su correspondencia de Nueva York: "Otra vez la cuestión de Mac Arthur está sobre el tapete. Ayer, Truman, reunió a su Gabinete para discutir lo que ha de hacerse con él. Después conferenció durante 45 minutos con el secretario de Defensa, Marshall, y el jefe del Esta-

do Mayor, Bradley. A continuación, toda clase de rumores. Llamada, destitución, desaires, etc.; después, nada."

Sin embargo, la situación es lo bastante grave para exigir una solución clara. La guerra sigue en Corea y nadie puede presumir, con cierta verosimilitud, el cómo y el cuándo de su término. Y a pesar de todo, la lucha ha llegado a un extremo que exige terminantemente "o generalizarse o llegar a un arreglo" ("Le Monde").

MOSCÚ DA ÓRDENES A MAC ARTHUR

Las dificultades en que se debate el general Mac Arthur son las más complicadas y difíciles de resolver, dada su mediatización por Washington. "Estratégicamente —escribe el corresponsal de "El Correo Catalán"—, Mac Arthur se encuen-

tra en la posición más difícil que haya podido asumir un comandante en jefe. Tiene que librar una guerra limitada para él, pero no para su enemigo que goza de la ventaja insuperable del santuario intocable de Manchuria, y aunque sólo sea de una manera indirecta, el propio enemigo es quien le da órdenes a través de Lake Success." ¡He ahí el nudo gordiano del problema de Corea! "Mac Arthur ha ofrecido el único plan hasta ahora existente. Propone bombardear Manchuria, utilizar las tropas de Chiang Kai Shek, abrir un segundo frente... Y la tormenta político-diplomática ha estallado en términos inconmensurables."

¿Qué se prepara contra Mac Arthur? ¿Qué se prepara en Corea? ¿Qué se prepara en Asia... y en Europa?

LA SITUACIÓN ES MUY GRAVE

"Nos hallamos en terrible peligro, pues la Unión Soviética está concentrando tropas en muchos puntos diferentes", ha declarado el presidente de la Cámara norteamericana de representantes, Sam Rayburn.

Estas manifestaciones completan las que el propio Rayburn hizo anteriormente y que recogimos en la quincena anterior. Entonces, el presidente de la Cámara dijo que "estamos frente al terrible peligro que puede ser el principio de la tercera guerra mundial"; ahora confirma la existencia de aquél, añadiendo que ignora dónde se realizan las concentraciones de tropas soviéticas.

Por su parte, el general Marshall, secretario de Defensa, ha dicho que "la situación mundial es tan grave o más de lo que era en noviembre pasado, cuando los comunistas chinos invadieron Corea".

Lo raro del caso es que estando el mundo en grave riesgo de una nueva conflagración, y hallándose la Unión Soviética en plenos preparativos militares, se haya insistido por algunos en la conveniencia de destituir a un destacado jefe militar en una zona tan vital como la del Pacífico...

**Del 11 al 16 de abril
MAC ARTHUR DESTITUIDO**

A las siete de la mañana del día 11, la Casa Blanca hizo pública la siguiente nota: "Lamentándolo hondamente, he llegado a la conclusión de que el general del Ejército, Douglas Mac Arthur, no puede apoyar de todo corazón las normas del Gobierno de los Estados Unidos y de las Naciones Unidas en las cuestiones que pertenecen a sus deberes oficiales..." En consecuencia, el presidente Truman destituye al general Mac Arthur de todos los cargos oficiales que desempeñaba en Extremo Oriente.

El presidente Truman ve invadida su residencia por millares y millares de telegramas protestando de la destitución. Los parlamentarios republicanos se muestran irritados y algunos de ellos llegan a pedir una acusación contra Truman. Por otra parte, solicitan que el ge-

neral sea invitado a hacer una declaración pública ante el Congreso, para conocer sus puntos de vista sobre la situación internacional.

¿Quién ha destituido a Mac Arthur? Anteriormente hicimos referencia a las presiones que venía haciendo el gabinete socialista de Londres cerca de la Casa Blanca; ahora, jubilosamente, el diario laborista "Star", apostilla: "El gesto del Presidente de los Estados Unidos es un acto de gran valor y de gran cordura. Mac Arthur, a pesar de su brillante pasado, había llegado a ser una amenaza para la unidad aliada." Es decir, Mac Arthur constituía un estorbo para ciertos elementos caracterizados —entre los cuales los dirigentes laboristas— en relación a unos propósitos no muy claros atañentes a la actual lucha de Corea y al reconocimiento del gobierno comunista de Pekín.

¿FUERZAS SECRETAS?

Un periodista norteamericano, Walter Winchell, uno de los más populares en su país, cuenta algunos pormenores sobre los antecedentes de la destitución. Vale la pena de leerlos con calma para comprender hasta qué punto interesaba a determinados sectores el apartamiento de Mac Arthur. Los fragmentos que reproducimos del artículo de Winchell los entresacamos del texto que para sus lectores envía desde Washington el correspondiente de "El Correo Catalán"; dicen así:

"El mayor escándalo de la historia de América está ahora al descubierto... El general Mac Arthur y el secretario Acheson son meros símbolos de una batalla titánica tras los bastidores. Las fuerzas que han causado la destitución de Mac Arthur no están en Washington. Están en Londres. La administración, ante una amenaza de destrucción del Pacto del Atlántico por Inglaterra, si no se apaciguaba a China, ha dado el paso doble de apaciguamiento de Moscú y Londres al destituir a Mac Arthur."

Y prosigue Winchell: "El pasado verano, Acheson intentó hacer honor a su acuerdo secreto con Gran Bretaña de reconocer a la China roja y admitirla en la ONU... El senador Knowland presentó la evidencia documental de que Acheson había instruido secretamente a todos los funcionarios de su Departamento para que redujesen la importancia estratégica de Formosa... Formosa y Chiang son el corazón de la cuestión del Lejano Oriente y no Corea. Mac Arthur favorece la utilización de Chiang. El compromiso de Acheson lo prohíbe... El gobierno nunca hubiera destituido a Mac Arthur por sí mismo. La presión necesaria vino de Europa. Londres "chantajeó" a la Casa Blanca con la amenaza de romper la Alianza Atlántica. La Casa Blanca se rindió."

¿Fue exactamente este el proceso? Lo indudable es que los elementos partidarios de Moscú y todos los que se oponen a la destrucción del "experimento" marxista en Rusia y países satélites, se confabularon para exigir la destitución del

general. Por algo la opinión corriente de Tokio es la de que se acaba de firmar el "Munich asiático".

INDECISION Y SILENCIO

Le demostración apasionada del pueblo norteamericano en defensa de Mac Arthur, ha obligado al presidente Truman a explicar su posición en un discurso difundido a través de la radio.

Palabras de Truman: "La causa de la paz es más importante que ningún individuo."

"Nuestro objetivo es evitar la extensión del conflicto."

"El ataque a Corea forma parte de un amplio plan de conquista de toda el Asia."

"Una paz duradera puede realizarse bajo estas tres condiciones: 1.ª Cese de hostilidades; 2.ª Garantías de que las hostilidades no se reproducirán; 3.ª La agresión debe terminar."

El señor Truman habla del objetivo que le anima, que no es otro que el de evitar que se extienda la guerra; pero no dice nada sobre la finalidad que se persigue en Corea, y esto es lo que tiene desconcertado al hombre de la calle y que acongoja en gran manera a la opinión pública mundial. Como afirma un corresponsal, "la indecisión y el silencio están estropeando rápidamente la noble empresa de hace nueve meses".

¿La destitución de Mac Arthur facilitará al fin a los gobernantes de Washington el hacer públicos sus planes y sus proyectos? "Ahora —amonesta "Le Monde"— los Estados Unidos y las Naciones Unidas no tendrán ya excusa para no definir sus objetivos militares y políticos, que como decía anteayer el señor Eden, nadie conoce todavía exactamente." Pero, ¿los conoceremos algún día?

**Del 17 al 21 de abril
TREINTA Y DOS OVACIONES
EN TREINTA Y SEIS MINUTOS**

Precedido de una extraordinaria expectación, y también de un vago temor por lo que podía ser el acta de acusación fulminante contra la incompetencia o la frivolidad política de ciertos dirigentes, el general Mac Arthur ha pronunciado su anunciado discurso ante el Congreso, atendiendo a una especialísima invitación de todos los representantes norteamericanos.

Nunca había visto la sala del Capitolio un espectáculo semejante, ha comentado un viejo periodista estadounidense, al constatar el ambiente caldeado por la emoción en que se movían parlamentarios e invitados de honor, en la magna sesión histórica.

Lenta, pausadamente, el general entró en el salón entre los aplausos clamorosos de todos los presentes, y se dirigió a la tribuna para pronunciar, con voz firme y atildada, su trascendental oración.

Treinta y dos ovaciones en el transcurso de los treinta y seis minutos que ha durado el discurs-

so, pueden darnos una idea aproximada de la acogida favorable con que han sido recibidos los puntos de vista del vencedor del Pacífico, sobre el problema estratégico de tipo mundial que plantea a las democracias occidentales la amenaza expansionista de la Unión Soviética. Republicanos y demócratas han unido en la mayor parte de ocasiones sus vítores y aplausos, confirmando algunas de las apreciaciones fundamentales de Mac Arthur, y todo parece indicar que, tarde o temprano, determinadas de sus apreciaciones influirán decisivamente en la conducta oficial de Washington, en lo que respecta a los problemas del Extremo Oriente.

AMENAZA CONTRA TODO EL GLOBO

¿Qué ha dicho Mac Arthur?

Nos limitaremos a reproducir aquellos pasajes que consideramos de mayor interés y de máxima significación.

"No os hablo con rencor ni amargura, sino sólo con un propósito: servir a mi país." Estas han sido, después de un breve exordio, las primeras palabras del general. Inmediatamente ha entrado a desarrollar su visión del momento político y militar del mundo.

"Las cuestiones de que se trata —ha añadido— son globales y están tan estrechamente relacionadas, que considerar los problemas de un sector sin tener en cuenta los del otro no supone más que el desastre para el conjunto. Mientras que corrientemente se hace referencia a Asia como puerta de Europa, no es menos cierto que Europa es una gran puerta de Asia y que un gran influjo de una no puede dejar de sentirse por la otra."

Pero, ¿pueden las potencias democráticas defenderse en todas las latitudes? "Hay quienes afirman —subraya Mac Arthur— que nuestra fuerza es inadecuada para protegernos en ambos frentes, que no podemos dividir nuestro esfuerzo." Y responde el general: "No concibo mayor expresión de abandono"; para explicar a continuación: "Si un enemigo en potencia es capaz de dividir su fuerza entre dos frentes, nuestra obligación es contrarrestar ese esfuerzo. La amenaza comunista se ejerce contra todo el globo. Su avance con éxito en un sector es una amenaza de destrucción de otro sector. No se puede apaciguar al comunismo en Asia o rendirse a él sin realizar simultáneamente todos los esfuerzos para detener su avance en Europa."

¿QUÉ HA SUCEDIDO EN CHINA?

Después de esa concreción seguramente irrefutable en el plan estrictamente militar, Mac Arthur ha planteado la gravísima cuestión de la seguridad de América en sus costas occidentales, desde el triunfo clamoroso del comunismo en China, y mientras se derrumban totalmente los viejos imperios coloniales.

"Como consecuencia de la victoria en el Pacífico, nuestra frontera estratégica se ha desplazado para

abrazar la totalidad de aquel océano, que se ha convertido en un vasto sector de protección mientras lo tengamos en nuestro poder... Cualquier ruptura de esta línea por una potencia no amiga haría posible el ataque contra cualquier otro segmento importante." Para concluir: "Por esta razón, siempre imploré enérgicamente como cuestión de urgencia militar para que en ningún caso caiga Formosa bajo el control comunista. Tal eventualidad amenazaría inmediatamente la libertad de las Filipinas y provocaría la pérdida a Japón y quizá obligase a nuestra frontera occidental a retroceder otra vez hasta las costas de California, Oregón y Washington."

China constituye una zona vital en Oriente, y su conquista por la horda roja —no olvidemos que el triunfo comunista fué conseguido tanto por las armas como por el apoyo de potentísimas colaboraciones— no fué un episodio circunstancial, sino el fruto maduro de una larga y metódica preparación. Dice Mac Arthur, que "China, hace cincuenta años, no era homogénea"; en cambio, ahora "los chinos son excelentes soldados, con jefes y estados mayores competentes".

¿Qué ha sucedido en China? El general afirma que en el transcurso de estos últimos cincuenta años, "el pueblo chino se ha visto militarizado en sus conceptos y en sus ideales". La explicación parece certera, pero es insuficiente. ¿Quién ha movido esa transformación tan radical en la mentalidad china? ¿Y con qué propósito? ¿Era posible pensar, cincuenta años atrás, que China se convertiría en tan breve espacio de tiempo en una gran potencia, capaz de amedrentar a los Estados Unidos y aun de amenazar al mundo entero? (1).

«EL OBJETO DE LA GUERRA ES LA VICTORIA»

Insiste Mac Arthur en la importancia de Filipinas, Japón y Formosa, cuya conservación fuera de la órbita comunista es imprescindible para la seguridad de América, y refiriéndose a la intervención de los rojos chinos en la guerra de Corea, precisa que la nueva situación exigía otras decisiones en el terreno diplomático. "Estas decisiones —asegura— todavía no se han tomado."

Sus bases indispensables para asegurar el éxito en Corea son:

1) Intensificación del bloqueo económico contra China.

2) Bloqueo naval de las costas chinas.

3) Supresión de las restricciones a los reconocimientos aéreos sobre la región costera de China y sobre Manchuria.

(1) En los tan discutidos «Protocolos de los Sabios de Sión», que se suponen redactados a finales del pasado siglo o principios del presente, leemos las siguientes palabras: "... para demostrar que todos los gobiernos de los Gentiles son esclavos nuestros, mostraremos nuestro poder a uno de ellos por medio de actos de violencia, vale decir, con un reinado del terror, y en caso de que todos los gobiernos se levantaran contra nosotros, nuestra respuesta la darán los cañones americanos, chinos y japoneses."

¡Curiosa coincidencia de una «profecía» hecha hace unos cincuenta años en un documento que los críticos tienen por apócrifo!

4) Autorizar a los ejércitos de la República de Formosa para que puedan operar en el continente, aprovisionados convenientemente.

"El objeto de la guerra es la victoria y no una prolongada indecisión", afirma el general, para terminar con estas palabras: "Recuerdo todavía una de las canciones populares en los cuarteles en los días de mi juventud; su estribillo repetía que "los viejos soldados no mueren, sólo se desvanecen". Como el viejo soldado de la canción, termino también mi carrera militar y me desvanezco. Soy un viejo soldado que trató de cumplir con su deber, como Dios le dió a entender. ¡Adiós!"

El discurso fué escuchado por todo el pueblo norteamericano. "Toda América— escriben en Washington— tenía ayer los ojos llenos de lágrimas cuando la voz cálida del general se despedía del Congreso y de las muchedumbres con los versos de la balada cuartelera: "Los viejos soldados no mueren; sólo pasan y se desvanecen a lo lejos..."

¿QUIEN GOBIERNA LOS ESTADOS UNIDOS?

Mac Arthur llega a Nueva York donde es objeto de una entusiasta y clamorosa acogida. Al pasar ante la tribuna de la Prensa, ocupada por trescientos periodistas, el general se detiene y les dice: "Sepan ustedes que me ha costado setenta y un años y devorar diez mil millas en ocho días, para llegar a saber quién gobierna realmente los Estados Unidos. He averiguado que es la Prensa."

Por su parte, el senador William Jenner provocó días pasados una tempestad de aplausos por parte de sus colegas, cuando declaró que la única cosa "que queda por hacer es acusar al Presidente y descubrir cuál es el secreto e invisible gobierno que tan hábilmente conduce a nuestro país por el camino de la destrucción".

¿Quién gobierna los Estados Unidos?

¡ASÍ VA EL MUNDO!

Una muestra de lo que es la política norteamericana a escala mundial, nos la da la siguiente anécdota que ha publicado el diario alemán "Bonner Rundschau": La última vez que estubo en los Estados Unidos el conde Sforza, conoció en el aeropuerto de Nueva York a dos personajes que subieron en el mismo avión en que viajaba el conde. Ambos explicaron a Sforza que iban a un país europeo para cumplir una misión que les había sido confiada especialmente por el presidente Truman. Al despedirse del ministro italiano, los compañeros de viaje le dieron sus tarjetas. Una decía: "M. T. Smith, Director de la Oficina de Desmilitarización de la Zona Occidental de Alemania". La otra especificaba: "M. Sidney J. Brow, Director de la Oficina de Remilitarización de la Zona Occidental de Alemania".

¡Así va el mundo!

SHEHAR YASHUB

José María Minoves Fusté

SUCESOR DE

Salvador Fusté Teixidor



Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón
en BESSACHS
(GIRONELLA)



*Visite las Cuevas
de Artá*

COCINE SIEMPRE CON PRODUCTOS

POTAX



ES LA MARCA DE GARANTIA

Al salir de compras
recuerde un solo nombre

**Galerías
Maldá**

Pino - Puertaferrisa

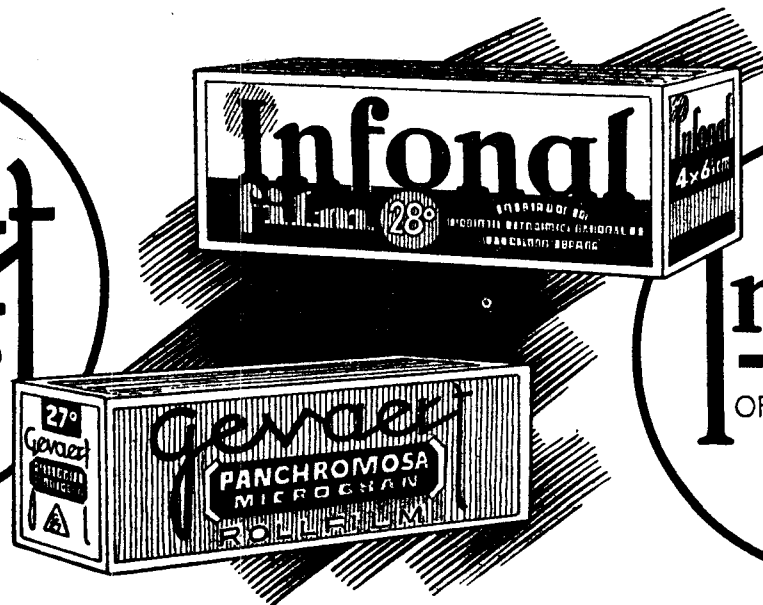
TARRAGONA

Al servicio
del
AUTOMOVILISTA



BALMES, 83

TELÉFONOS { 27 36 65
28 21 86

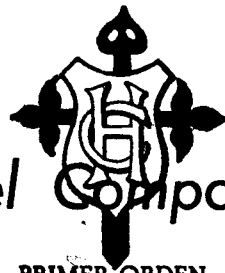


CALLE TURULL, 1
TELÉFONO 2213

CLASICOS Y NOVEDADES SUPERIORES

JUAN PLANS SOLÁ
SABADELL

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA Y ESTAMBRE



Hotel Compostela

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA